



El Chispero

Semanario Antiflamenquista

Director ~ Eugenio Noel

Redacción y Administración:

:::: Jesús y María 14 ::::

La envidia está flaca por-
que muere y no come.

Quevedo.

Diez céntimos.

:::: Número cuarto ::::

del verdadero FLAMENCO.

Hño I. Núm. I

:: 10 Mayo 1914 ::





Oración fúnebre por "El flamenco,"

Nuevo diálogo:

NOELIYO. — ¿Y dónde editarán *El*

Flamenco y con qué medios se cuenta?

CUCARACHA NÚM. 2. — En Brozas.

NOELIYO. — ¿Dónde cae eso?

CUCARACHA NÚM. 2. — Por Cáceres.

NOELIYO. — Pero ¿y máquinas?

CUCARACHA NÚM. 1. — Tenemos máquinas colosales, uno de los mejores maquinistas de Madrid, expresamente contratado a gran suel-

sarcófago y chanelando el hipo. Esto es darse cuenta y hablar como los ángeles.

Y pasó un mes, vulgo treinta días.

Y el Cucaracha núm. 2 no daba la hora.

Y el Cucaracha núm. 1, bueno, a Dios gracias.

Y pasó otro mes largo de talla.

Y el cucaracha núm. 1 fingía gran disgusto.

Y el cucaracha núm. 2 no escribía una sola palabra a causa sin duda de la carestía de los sellos de correo.

Era el 20 de diciembre de 1913.

Noeliyo er Melenas, que había vuelto muy cansado de su última excursión apostólico-taurómaca, descansaba en Lion d'Or, el café preferido por Juanito Terremoto, a quien deseamos un restablecimiento inmediato, porque si no España no va a tener en qué ocuparse.

Estaba Noeliyo, pues, pensando en las endiabladas razones por las que el alcalde de Jerez había querido comérsele crudo en su peregrinación, cuando una cucaracha, tocada de amplio gabán, se acercó a hablarle sombrero en mano.

Entre Noeliyo er Melenas y la cucaracha número 1 entablóse este diálogo, que acorto por las mismas razones que Belmonte corta o recorta sus *medias verónicas* (¡olé los tíos!)

CUCARACHA NÚM. 1. — ¿Usted es Eugenio Noel?

NOELILLO. — Soilo, imberbe nene.

CUCARACHA NÚM. 1. — Vengo a proponerle la edición de ese periódico llamado *El Flamenco* que usted viene anunciando hace años y que no *ha salido* porque usted no tiene *perras*.

NOELIYO. — Véolo muy bien, niño.

CUCARACHA NÚM. 1. — Mañana su socio y usted hablarán de condiciones.

Fuése la Cucaracha núm. 1 y quedó Noeliyo er Melenas saboreando las cosas que iba a decir en *El Flamenco*, si ese periódico (que en paz descanse) cuajaba.

Al día siguiente... Noeliyo estaba sonriente...

He aquí el nuevo diálogo que, por la camisa que Belmonte piensa regalar a persona de su intimidad (dato corruscante de *La Tribuna*, número del día 3 de mayo); es un documento vivo.

CUCARACHA NÚM. 1. — Le presento a Noel.

CUCARACHA NÚM. 2. — ¡Oh, le leo mucho!

NOELIYO. — Abreviando.

CUCARACHA NÚM. 2. — Mi socio le habrá hablado.

NOELIYO. — Háblome.

CUCARACHA NÚM. 2. — ¿Condiciones?

NOELIYO. — Todo el dinero que ese periódico *dé de sí*, para usted; en el periódico nadie ha de mandar sino yo, puesto que *El Flamenco* y Noel son una misma cosa y sólo Noel puede componer un *Flamenco*.

CUCARACHA NÚM. 2. — Es verdad; *El Flamenco*, sin Noel, no es negocio.

NOELIYO. — Por lo tanto, no hace falta contrato, sino buena voluntad, palabra de hombre y riñones.

CUCARACHA NÚM. 2. — Doy mi palabra.

NOELIYO. — Entonces no hablemos más. Usted sin mí y yo sin usted, en este caso, nada lograríamos. Al avío.

CUCARACHA NÚM. 2. — ¿Y cuánto me va a llevar por el trabajo de componerse solo ese periódico de 16 páginas y más de 100 grabados?

NOELIYO. — Doscientas cincuenta pesetas.

CUCARACHA NÚM. 2. — Usted es un hombre.

NOELIYO. — Soilo. En Sevilla le darán razón.

Marchóse el Cucaracha núm. 2, y Noeliyo notó que la faz de la Cucaracha núm. 1 había permanecido enigmática, si que también misteriosa.



Noeliyo er Melenas, que con su nobleza verdaderamente madrileña, es decir, tonta de remate, ha estado a punto de emigrar a América por haber matado a *El Flamenco* antes que se aprovecharan de él para fines bastardos. Pensándolo mejor, ha ideado *El Chispero* convirtiéndose en propietario de su propio trabajo, que no espoco. Porsi muera me voy a dar el gustazo de afirmar que el pobre *Flamenco* obtuvo el éxito de venta más grande que se ha conocido en periódico alguno y el silencio de los compañeros de la Prensa.

do; enorme crédito, existencias atroces de papel y el rabo de todo eso.

CUCARACHA NÚM. 2. — Mi suegro es un hombre muy rico; mi hermano, banquero; y yo, un hombre que si doy la palabra doy la hora.

Noeliyo se puso al telar. Y trabajó como ya es proverbial que trabaja: de



Sello de *El Flamenco* difunto, un periódico que murió por no admitir tonterías literarias, ni imposiciones industriales, ni sandeces de advenedizos.

veras, entre los mismos cuernos, agarrándose a la cepa de los ídem y aireando tela en el morrillo sin mover los pies con vistas al

Pero Noeliyo er Melenas es un ser excepcional que se ha empeñado en ser un hombre en todo el sentido del *palabro* y se fué a Brozas, obligando a acompañarle al cucaracha núm. 1, que muerto de pavor como es *natural* en las cucarachas, le contó muy tristes cosas del cucaracha núm. 2.

Como Noeliyo es bueno, ni quiso entonces, ni quiere hoy hablar de los líos y repugnantes relatos que una cucaracha atribuía a la otra. El honor de Noeliyo estaba empeñado y el *león* tenía que pasar por el triste trance de entenderse con las dos cucarachas.

La cucaracha núm. 1 y Noeliyo llegaron a Brozas después de aventuras sin cuento, pues este pueblo está a 40 kilómetros de la estación y hay que ir allá en un coche digno de ser de pompas fúnebres. ¡Cuartajo con el coche!...

Y Noeliyo vió que no vió nada.

Es decir, que eso de las máquinas era bulé puro.

Oído, tipógrafos, allí no había sino una sola maquinilla propia para tirar tarjetas y el dinero a la calle.

Y se enteró de que *aquello* era la *mar* de malo y que había allí encerrado, no un gato, sino un regimiento de ellos.

Cobró lo que se le adeudaba y, convirtiéndose en obrero, trabajó, volviendo a Madrid después de iniciar allí, *¡sin medios!*, la edición del pobre *Flamenco* — que en la gloria esté, pues bien la ha merecido —.

Y pasó otro mes.

Y naita.

El cucaracha núm. 1 escribió *perre-ras* del cucaracha núm. 2, y ambas, jugando con dos barajas, se reían de Noeliyo, cuya paciencia, daño y tristeza eran infinitas, como la poca vergüenza de *entrambas* cucarachas.

Y Noeliyo volvió solo esta vez (el cucaracha núm. 1, avisado de antemano, no quiso acompañarlo) a Brozas en el antedicho fúnebre coche.

El cucaracha núm. 2 ni se dignó ir a esperar a la plaza donde el coche se paraba.

Pero Noeliyo, dejando rencores y no pensando sino en su dignidad, se puso a trabajar durante quince días ¡con dos cajistas que no sabían su oficio, pobres muchachos pueblerinos que a fuerza de cerveza y mis buenas palabras, compusieron unas cuantas planas.

Me volví a Madrid, dejando en marcha el periódico después de heroicos trabajos, pero el *heroísmo* ¡ay! se volvió conmigo también a Madrid.

Y pasaron dos semanas, que ni las de Daniel

Y en el horizonte, nada.

Hasta que ¡zas! un día apareció en la estación de las Delicias el cometa de Halley, con una cola más larga que la que forman en la ca-



Una bella obra del mejor pintor de España. El capote del torero cuelga de la barandilla del palco y la mujer quiere ver de cerca al ídolo de un pueblo. Enseñamos así a nuestras mujeres que la masculinidad ideal es privativa del diestro y sembramos en ella sin querer notorio instintos de agresividad e irritación heroica.

Salió *El Flamenco*.

Y el público, que sabe que Noeliyo trabaja y es bueno y está solo en su Partido y solo entre sus compañeros, que no *lo puén ver* por las razones que ellos tengan, compró aquel número de un modo tan generoso y de tal forma que fué el espectáculo más hermoso.

El cucaracha núm. 1 sonreía.

El ídem núm. 2 sonreía también.

Cocíase una traición en las meninges de sus respectivos *cerebelitos*.

Salió el segundo número de *El Flamenco*. Éxito enorme.



Un picador arrancando la divisa, tabla francesa inspirada en nuestras costumbres. Esa divisa irá a parar a una habitación íntima y lucirá allí como sublime trofeo de una inútil brutalidad.

MOSA COMO UNA NAVAJA ASESINA.» Y Noeliyo se negó a publicar eso porque se oponía al espíritu del periódico, que va contra el matonismo y sus derivados.

Entonces la Cucaracha núm. 1 dijo esta frase piramidal: «Tendrás que tragarte eso y uno de toda una plana.»

Noeliyo cogió a la Cucaracha, la volvió patas arriba, le dió asco y la dejó en el suelo.

Pero el Cucaracha núm. 2, que estaba mochaes, porque yo me había negado a darme y darle un banquete, ideado entre ellos y un restaurant, se hizo solidario de la Cucaracha número 1, y Noeliyo lleno de asco, de rabia y



Haro (de Zuloaga). Calles tristes, blasones, grandes palacios, hoy inservibles, vida nula; pero mujeres admirables, única luz de esas villas muertas que solo reviven al beso de las emociones fuertes. No es extraño que España despidiera un intenso perfume de feminidad y que Costa maldijera de ella.

lle Victoria los nenés bitongos *pa coger* entradas de la plaza.

El cucaracha núm. 2 se traía a Madrid *tó en camisa*. ¡Oh! ídem de Belmonte, yo te prometo una *glosa* que vais a chuparse usteles los dedos, afisionaos.)

Y en caravana se largó *tó eso* a una imprenta y allí se consumió el martirio de Noel.

Salió el tercero.

Y *El Flamenco* venció.

Pero...

El cucaracha núm. 1 envió a Noeliyo un anuncio de un libro inédito suyo que terminaba así: «ESTA NOVELA ES BELLA Y HER-

MOSA COMO UNA NAVAJA ASESINA.» Y Noeliyo se negó a publicar eso porque se oponía al espíritu del periódico, que va contra el matonismo y sus derivados.

Entonces la Cucaracha núm. 1 dijo esta frase piramidal: «Tendrás que tragarte eso y uno de toda una plana.»

Noeliyo cogió a la Cucaracha, la volvió patas arriba, le dió asco y la dejó en el suelo.

Pero el Cucaracha núm. 2, que estaba mochaes, porque yo me había negado a darme y darle un banquete, ideado entre ellos y un restaurant, se hizo solidario de la Cucaracha número 1, y Noeliyo lleno de asco, de rabia y

depenasentró por vez primera en la Editorial, rompió los anuncios de la traición, no quiso mancharse dando pescueceras y en vez de acudir a los Tribunales (por la sencilla razón de que uno de esos Tribunales le habían condenado a seis años y un día por ser bueno y noble) acu-

dió al quite sacando *de tablas* EL CHISPERO. Resultado:

Que la cucaracha núm. 1 y la núm. 2 quedarían en sus altos juicios que mi fama o nombre adquirido les sirviera de pedestal para un negocio loco.

Que mis sufrimientos han tenido ese pago, y que el pobre *Flamenco* ha muerto a mano de dos cucarachas, tormento que no pude soñar jamás yo, eso que desde pequeñín vengo sufriendo cuantos padecimientos ha engendrado la desigualdad entre los hombres.

Por compasión no quiero decir más, y aun lo dicho sobra.

Lo que hay en una Plaza de toros.

I. — El edificio.

El que observara desde un aeroplano una ciudad española, sólo vería dos moles o masas:



La gracia. Divina estatua que inspira el más hermoso de los sentimientos humanos; la gracia. Frágil, ténue, firme, audaz, es carne y es alma. Vuela y anda. Se cierne, flota, marcha y no pesa. Es un dulce deseo gentil que busca su objeto sin prisa y parece impulsado a él con la agilidad de un insecto. Entre nosotros ser graciosos es ser un *lío* que se las trae, tener simpatía, *diquelar*, dar golpecitos en el vientre a los amigos y decir cosas como esta: ¡arísioso!

el campanario de la catedral y el aro del circo. Toda la vida nuestra está entre esos dos edificios. Hay ciudades que tienen dos plazas de toros. Madrid tiene las siguientes: la de la carretera de Aragón; la de Vista Alegre, en la carretera de Andalucía; la del Puente de Vallecas, en el Arroyo del Abroñigal; la de Tetuán, en la carretera de Francia; una en la Puerta de Hierro, en la carretera del Pardo; otra en la China, por la senda de Aceiteros, y una Escuela de Tauromaquia. Cuando se dan corridas en todas, todas se llenan. El que viendo a la entrada de la capital de España, en el arranque de cada carretera un circo, no se alarmara o por lo menos se hiciera cargo de su importancia, no sería ciertamente un pen-

sador. Madrid es una ciudad vieja, fea, abandonada y sucia; intelectualmente, estéril; moralmente, el año de Europa. Posee un río que podía llegar hasta Lisboa y es un albañal. Tiene unas montañas en las que el Pueblo podría los días feriales distraerse y ozonizarse, y nadie hace caso de ellas, a no ser unos cuantos jóvenes animosos. Las cercanías de la capital repugnan. La Casa de Campo y el Pardo, son patrimonio real. La senda de Vaciamadrid, que debería ser un parque delicioso, es un vedado infecto con preciosas dehesas en las riberas del Manzanares, donde pastan novillos. No hay en Europa otra ciudad con más amor propio, y, sin embargo, sus hijos—yo soy uno de ellos—no cuidan de su madre más que para decir de ella tonterías sentimentales. Los Barrios Bajos, son una ciénaga. Cuando se hace un edificio nuevo—ejemplo, el gran Casino de la calle de Alcalá—se levanta una verruga artística, que no por ser nueva deja de ser más hedionda. De la Moncloa, nadie acierta a hacer nada, y cuando se construye un parque europeo—el Oeste—se deja la cárcel dentro. El emplasto, el yeso, la cataplasma, el remiendo y los puntales; he ahí cómo se perfecciona «el trono más alto después del trono de Dios». Los hospitales y los cementerios están dentro de la ciudad, y los depósitos de agua se

construyen rasantes las tapias de los cenotafios. Ahora bien, la Diputación construirá una plaza de toros de cien metros de diámetro para explotar el vicio más absurdo, más abrumador y más vergonzoso. El ombligo de España no es el Cerro de los Angeles, es la plaza de toros de Madrid. Para mayor escarnio, pertenece a un hospital. La caridad así entendida, de existir un hombre de genio en España, provocaría los latigazos más terribles. Como España es un pueblo de cobardes morales, ningún escritor o autor dramático se atreve a protestar. Con el dinero gastado en esa plaza se pudo comprar una ganadería y llevar la carne de esos toros al caldo de los enfermos. La realidad es que ese edificio existe, que ondea en él la bandera española, que preside el espectáculo el Ayuntamiento y que es el único centro en que se manifiesta la energía de quinientos mil habitantes, víctimas de esa pasión demoledora y tonta.



El balcón, la mantilla, las procesiones, los toros hoy como antes los actos inquisitoriales, la curiosidad, el exhibicionismo y después de tanta sangre y sol y fuego y belleza la reclusión en el gineceo español, un harén en el que se respira una *ignominiosa* enciclopédica.



La plegaria de un torero por un artista francés. España es un milagro renovado todos los días como un pagaré interminable. No es extraño pues que oremos ¡hasta en los toros!



Ciudades de Castilla. Toda ilusión parece muerta ahí. Como si su prodigiosa fecundidad la hubiera rendido, Castilla parece bajo el enervante sol de su pasado. Contra esta anemia hay un remedio: según los clásicos, una mano de estacazos; según los psicólogos, una trasfusión de sangre fresca, juvenil, nueva.



Figura genuinamente española. Sería necesario un psicólogo de genio para que nos dijera en qué consistía la sangre española. (Cuadro de Zuloaga).

II. — El público.

El Pueblo español es el Pueblo más original del Mundo. Cuando le desagrada una cosa, patear es un rasgo nuestro. Somos crueles; nos divierte más el estupor del vencido que la misma derrota. El silencio no es arma digna de nuestra sangre bulliciosa. El fracaso de un autor es poco; se impone arrojarle patatas, insultos y groserías. Armar ruido; he ahí el regocijo. Rebuznar, graznar, chillar como vencejos, retorcerse en risas epilépticas, aullar, mover brazos, pies y manos; solazarse con la amargura misma del vencido y pisotear su dignidad, su cuerpo, su vida, su corazón, pedazo a pedazo; saborear la vergüenza del fracasado y contemplar con las narices hinchadas cómo el desgraciado arrastra por el empedrado la asadura que le sacamos a cornadas.



Una Tanagra auténtica.

Nos es necesario intervenir en el espectáculo, contribuir a su nudo y desenlace, aconsejar a los histriones, decirles cuándo marchan bien o mal, hacer chistes con su figura y gritar con voz estentórea que es un tal y un cual. Si no obramos de este modo no nos divertimos. Lo imposible para un español es estar quieto. Ha de recabar su papel en la trama, y aunque tiene buen cuidado de ponerse a recaudo, vocifera e interviene cuando para él no hay peligro próximo. Sabe cómo «las gasta» su estirpe, y si tira la piedra esconde la mano. Además, tiene la cualidad de «crecerse» en la irritación. La irritación española es macabra. No conocemos la discusión fría o el lance sereno. Nos congestionamos con nuestros propios insultos, y antes de matar escarnecemos la



En Finlandia. Cierta joven deposita su voto. Come aquí.

víctima. Cuando la navaja aparece en la mano, es que ya agotamos las groserías. La salsa de nuestro enemigo no es su propia sangre; son nuestros dicterios, que sazonomos con esa enfiada y villano. ¿De dónde ha salido todo esto? De la plaza de toros.



Maria Deraismes, fundadora de la Sociedad para el mejoramiento de la suerte de la mujer y la reivindicación de sus derechos. ¿Por qué no se dan en nuestra Patria mujeres semejantes? ¿Es que estarían demás? ¡Ah! Madame Taff, no os quejéis de que en la Sociedad protectora de animales no figuren señoras!... ¡Pero... si ellas no sienten necesidad de protección ni mejoramiento!...

La plaza es el lugar neutral donde la justicia no interviene sino en su forma urbana. Todo está permitido allí. Si el rey mismo no concediera una oreja o no la pidiera con el pueblo, sería escarnecido cruelmente. La colectividad impera. El pueblo, consciente de ello, se venga en la plaza de su miseria, de la política y de su ignoran-

pañoles que delinquen todos los años. Yo aconsejo a los señores magistrados que, en vez de lamentarlo asistan a una corrida.

III.

El torero.

El lidiador es, de todos los flamencos, el menos culpable y el flamenco primero que hay que anular.

Si los aficionados son las bacterias, él es la llaga y el propagador de la epidemia. La



(Obra colosal de Zuloaga).

Quisiera saber de qué modo genial aprovechamos nosotros esa fuente de belleza natural que explotan los poetas y comediógrafos, oradores y artistas, para hacer creer que un país que posee eso lo tiene todo. ¡Cómo encauzaría una Alemania por ejemplo—esos dulces y ricos manantiales sobre el álveo del genio de la raza, y entre los diques de un sentido común que entre nosotros se pierde en el derroche más lamentable!

lleva en sí, ignorante de que la lleva, como una rata de barco trae en el intestino el virus de la peste.

Se ve endiosado, discutiendo más que un presidente del Consejo; todos le adulan, aun en sus errores; su efígie se vulgariza de cien mil maneras. Recibís una caja de pasas, y en los papeles que las envuelven os encontráis un torero; pedís en la botica un remedio, y ahí le tenéis en postura de niño mimado. Preguntad, si os da la gana, por una postal de Benavente, de intelectual alguno, de periodista notable, de ingeniero, de arquitecto, de catedráticos famosos. No existen; pero, hasta el novillero que la vispera era un cualquiera, después de la corrida posee centenares de postales.

¿Qué ha de pensar de sí mismo un hombre con cuya efígie se «ilustran» los periódicos, de quien se habla en toda España y América, cuyas faenas, dichos, historia y tipo se discuten años y años, a pesar de que siempre son los mismos o peores?... Creerse

un Dios. Y con razón.

Al torero le sobra razón para engeñarse, para ser quien es. Sólo que esa razón, como su coleta, necesita unas tijeras. Su prescancia personal no es ni más ni menos intere-



El Consejo Nacional de mujeres francesas organizó este mitin para velar por sus derechos. Aquí hacen lo mismo, pero al contrario; las mujeres velan por los derechos de sus hombres y esa es su más caro privilegio.

cia. Insulta bárbaramente, rugie, brama, se enfurece, se alborota, quema la gradería y, si fueran de madera, los mismos aficionados habrían ya quemado sus plazas.

Arrojan al ruedo las almohadillas, cáscaras de naranja, cascos de botellas, y cuando no encuentran proyectiles a mano, se arrojan ellos mismos y matan a navajazos al toro y lo martirizan.

La justicia interviene aquí de mala gana. Si interviniera como es su deber, vería que el torero, ante la ley, es un presunto suicida de profesión, y el aficionado un hombre que paga ciertas probabilidades de muerte para un ciudadano.

Como la ley calla, los fiscales, al abrir los Tribunales, se espantan del número de espa-



Al pie de este interesante dibujo, Cerezo ha escrito lo que esa nena de grandes ojeras piensa. ¡Oh, quién la diera un amante torero! Y con razón. Ganan 800.000 pesetas al año, los adora un país entero y son la imagen estereotipada de toda masculinidad. Los demás somos... lo que nos digan.

sante que la de muchos otros jóvenes de quienes habla. Su valor es fiabilidad. El arte del torero es una de las mentiras convencionales más estúpidas, puesto que ninguno de los toreros es «completo», y sólo de año a año hacen alguna de esas tonterías que les vale la «oreja», y se pueden contar los que saben la anatomía del toro y las leyes de su prodigiosa nobleza.

Y ejemplo de ello son las crónicas de los periodistas taurinos. ¿Por ventura no son eternamente las mismas, con las mismas incidencias, con la misma insostenible terminología, jergonza o caló?

IV.—El mártir.

Si una persona, un hombre, recibiera el castigo que describiremos a continuación, permitiéndole su constitución física afrontarla, y después, en el corral, nos hablara, ¿qué diría? Probablemente, que éramos tan brutos, tan cobardes, tan mentecatos, que si teníamos alma era la del escorpión, si la de este animalito tiene tantas patas como su cuerpo.

Ahora, he aquí el edificante castigo: seis o siete puyazos en los brazuelos, morrillo y cercanías; noventa lances de capa, en los que las vértebras, cuernos y músculos sufren martirios imposibles al dilatarse, contraerse y moverse sin hallar oposición, en redondo, en semicírculo, de frente, cuarteando, etc., etc...; seis u ocho pinchos de banderillas, y, por fin, nuevos trasteos de muleta y un pinchazo en hueso, una estocada en el lomo, otra más allá, otra más acá, un descabello, otro descabello, dos estocadas más y lances nuevos de capa en todos los sentidos o puntos cardinales.

Este nobilísimo toro antes de ser martiriza-



Muerte de Santa Teresa (intérprete Sarat Bernath). Esta mujer—andariega la llamaron sus contemporáneos—es una de las joyas de la Raza que todavía no ha encontrado un joyero. Perdón, Marquina.

do era un bello animal, una fiera poderosa que no se hubiera atrevido a hacer daño a no irritarla vosotros. Su destino era ayudarnos, poner toda esa resistencia pasmosa a nuestro servicio. Nosotros lo entendimos mejor, y le toreamos. El se defendió magníficamente. Nos dió un profundo ejemplo de amar su vida, que vale tanto como la nuestra, aunque algunos superhombres hagan aspavientos. Y fué en la plaza un consumado artista. Poseía la fuerza, la belleza y la fe en sí mismo; sobre todo, esto último, que es lo que distingue a los toros.

A cambio de eso, los otros eran muchos; se libraban de las acometidas con el engaño y se auxiliaban los unos a los otros con capas y pinchos; saltaban la barrera—la barrera tiene mucha gracia... ¡es tan española!...—y contaban con un premio de seis mil pesetas. El premio del toro era la muerte. Pero luchó contra esos títeres vestidos de lentejuelas y armados de pinchos y puyas y estoques, y nos ofreció el espectáculo de vender cara su vida.

Esta vez triunfó. Se fué al corral entre otros toros; los siguió como un cordero.

Mientras, el héroe de las lentejuelas lloraba. Lágrimas son esas que nos cuestan bien caras: seis mil pesetas; ochocientas mil y el pico al año. Lágrimas que nadie vierte en España por



«El Garrotín» (soberbia aguafuerte de Nestor). Muy bien, genialmente, observado ese momento de la macabra y lujuriosa danza. Ninguna pobrecilla de esa danza así; pero todas quisieran moverse de ese modo o poderse mover. Esta contorsión repugnante y violenta, esa invitación irritadora y salvaje a un desentreno sin nombre, todo eso es el ideal supremo de un pueblo cuyos apetitos carnales, como las aspiraciones del espíritu, se han exagerado de tal manera, que no son ni apetitos ni ideales.

su patria ni por su ignorancia. Las derrama la rabia; las vierte el amor propio; escaldan las mejillas del orgullo estéril. ¿A qué llorar, si el toro era el artista, si es quien torea a los toreros, puesto que estos hombres riñonudos, si él los persigue, se tiran de cabeza al callejón? ¡Llorar, llorar!... Milagro que alguien no recogió aquellas lágrimas y las metió en una alcuza, como se hacía con las de los santos en los tiempos en que los había. Merecían guardarse. ¡Vaya! Yo las hubiera recogido y regado con ellas un pienso de honor para el admirable y nobilísimo toro.

Leo en un periódico taurino un reto curioso para discutir. ¿Es que entre tanto libro mío no hay algo que valga la pena? Mas los mismos que me invitan a discutir me insultan. ¿Por qué insultáis al que queréis combatir?



D. Concepción Arenal, la única mujer de genio indiscutible que hemos tenido. Las obras de esta mujer son el pozo más hondo de ternura que la humanidad haya abierto en alma alguna. Nadie, ni en Inglaterra, ha sabido desentrañar del espíritu humano los tesoros de sentimiento sabio que los corazones encierran. Es el orgullo de toda una Raza.

Eugenio Noel,

Por Azorín.

Eugenio Noel ha publicado recientemente un folleto titulado *El flamenquismo y las co-rridas de toros* y un libro que lleva el título de *Flamenquismo y república*. Eugenio Noel ha dedicado la mayor parte de su actividad a combatir el flamenquismo: da conferencias en pueblos y ciudades españolas; publica multitud de artículos. Continuamente se halla Noel en peregrinación por tierras de España; a menudo, en los periódicos encontramos noticias de discursos pronunciados por el conferenciante; alguna vez nos sorprende la nueva de algún incidente ruidoso provocado por las prédicas de Noel. Nos hacen suponer estos incidentes—siempre lamentables—que el propagandista ha estado demasiado agresivo en sus palabras; no podemos creer que, a exponer sus ideas correctamente—y con todo el ardimiento que se quiera—, pudiera haber quien atajarse violentamente sus lícitas propagandas. De todos modos, el espectáculo de un hombre joven que recorre España en perpetua y caliginosa predicación contra el flamenquismo no puede menos de ser interesante.

En las dos obras que ahora publica Eugenio Noel ha condensado su pensamiento sobre la materia que él impugna tan denodadamente. Paralelamente a un renacimien-

to fervoroso—fervoroso y vergonzoso—del flamenquismo, Noel inicia y desenvuelve su cruzada. En el folleto citado escribe nuestro autor:

«El español trabaja poco, y lo que es peor, su trabajo está a merced de los Gobiernos; ignora el valor de la tierra; huye del campo y se arrinconan las



Elegantes de Palsang. En Malaca las mujeres entienden la elegancia de esta manera. ¡Oh, Pascal, qué razón tenías al afirmar que la moral dependía del grado de temperatura!..



El toro, con esa fuerza imponente, que más que fuerza parece una radiación de energía, levanta el caballo como una pluma. Gústale a la multitud este alarde de poderío y encuentra en esa villana satisfacción la monstruosa alegría del victimario. ¡Con qué indigna curiosidad sigue la plebe la suerte de varas y cómo pide víctimas si el toro pega de firme!...

ciudades; permite una bárbara ocultación de riqueza, y no le extraña ver en manos inertes inmensas extensiones territoriales, que harían la riqueza de un pueblo.»

Sumariamente, en cuatro rasgos, éste es el boceto de un cuadro. Ahora el reverso:

«A cambio de esto — añade Noel —, he aquí lo que posee: 396 plazas de toros, en las que da anualmente 872 corridas, y a las que asisten, en cifras redondas, siete millones de personas. En esas orgías se matan 4.394 toros, cuyo valor es de pesetas 5.318.000, y 5.618 caballos, que fenece entre los más espantosos e innecesarios martirios. De divertir a tal gente y de tal modo se encargan 62 matadores de alternativa y 324 novilleros, con 1.148 cuadrilleros de oficio, que cobran cerca de cuatro millones de pesetas.»

En República y flamenquismo, el autor expone en unas páginas exactas un concepto del valor que entre nosotros goza de gran predicamento y hace estragos. El flamenquismo — dice Noel — implica la idea de que «el supremo valor es la serenidad suficiente para que el pitón del toro roce las axilas; de donde saca, en consecuencia, que los peligros de la vida han de afrontarse,



La sangre de los caballos viejos sacrificados tendrá su expiación.

Es importante advertir que en otros pasajes de sus discursos y de sus artí-

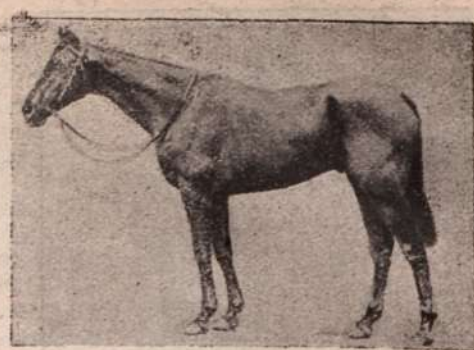
culos el autor completa su idea del valor flamenco: completa la idea del engaño (*listeza* en política) con la idea de obstinación, de testarudez, de obtusa pertinacia en el error o en la decisión desgraciada. Creemos que este segundo aspecto del fenómeno social es más importante — y de más graves consecuencias — que el primero. Sea de ello lo que quiera, el caso es

que toda la doctrina que Eugenio Noel desparra en prosa hablada o escrita, se halla contenida en las dos citas que acabamos de hacer. De un lado, la inmensa incultura, la deplorable pasividad



Un caballo de circo. Tan hermosos son, son tan nobles, dicen tan sentidamente lo que nos aman que un obrero afirmaba la otra noche en el Circo de Parish: — Voy creyendo que Noel tiene razón. — No es Noel, no; es la dignidad humana quien pide la anulación de ese estéril sacrificio.

de una gran masa social en lo atañedor al problema de su bienestar y de su conciencia de la vida; de otro, formidable caudal de energía, de iniciativas y de riqueza, gastado, derrochado espléndidamente



El sentimiento de la línea, la pureza de la sangre, el acero de las fibras, la intrepidez heroica, todo eso y algo más hace que los hombres amen al compañero que, después del perro, es el más fiel al amo.

ra esta tendencia; más de un siglo lleva de vida; aun podríamos decir que en la décimo-séptima centuria se ven rastros de flamenquismo en las sátiras y protestaciones que contra él hacen, por ejemplo, Quevedo y Góngora. Pero el flamenquismo o majismo — que así se llamaba entonces cuando adquiere alarmantes proporciones es a mediados del siglo XVIII; desde esa época sigue su marcha incierta, ondulante, hasta que modernamente, con el aumento de las plazas de toros, con la sistematización, digámoslo así, de las corridas, llega a su máximo. Nos hallamos ahora en un momento álgido del flamenquismo. En 1899 publicó Morel-Fatio una edición crítica de la sátira de Jovellanos contra la mala educación de la nobleza; en ese trabajo el ilustre hispanista trata de dilucidar los orígenes del majismo y expone interesantes textos que de muestran la preocupación que en el siglo XVIII inspiraba ese morbo social. Clavijo y Fajardo, Jovellanos, Cadalso, describen el señorito flamenco — con todas sus consecuencias — tal como hoy lo vemos circular por nuestras calles; Noel no va más lejos en pinturas — ni en sus anatemas — de donde han ido estos insignes pensadores. Si retocáramos algo el estilo de alguna de esas

páginas de Clavijo o de Cadalso, y las publicáramos sin firma, diríamos seguramente que se trataba de cosas y hombres de ahora, y no de cosas y hombres de hace más de un siglo.

La literatura taurina y la antitaurina son extensísimas. No intentaremos añadir una página más a la última; no es ese nuestro propósito en este momento. Si haremos notar la inmensa influencia que ese deporte

— si así puede llamarse — ejerce en todo un pueblo. No son nocivos sólo los toros; es profundamente dañino también lo que podríamos denominar los *aledaños de los toros*; es decir, el ambiente, la particular *espiritualidad* que la fiesta taurina crea a su alrededor. Multitud de conceptos sociales, políticos, hasta estéticos, son falseados por causa de los toros. La idea matriz



No lo olvidéis, se dice caballo, caballero, caballería. La nobleza es el sentimiento de más relieve de ese caballo que estéril y cruelmente sacrifica en los toros.

te en un deporte cruel. Agreguemos a esta visión social una visión complementaria de palinnesia de España tal como la concibe Joaquin Costa, y tendremos esbozado el pensamiento de Noel; pensamiento expuesto en una prosa cávida, pintoresca, un poco redundante, un poco amplificadora. Las pro-



Fotografía de La Esfera. Así ha de morir España si no se enmienda. Y precisamente por... monos-abios.



Si yo os dijera leed el libro de Escudón, «La vaca y sus productos», diríais que hacía un reclamo; pero si además de leer a ese hombre que tanto sabe, regeneráis la ganadería, el reclamo será de utilidad patriótica.

del valor que en los toros se engendra, pasa a diversos órdenes de la vida. El valor, dentro de ese ambiente, se concibe como fuerza física, como obstinación, como ciega persecución de un acto. En el extremo opuesto de la escala psicológica se halla el *valor-inteligencia*, el *valor-altruismo*. Toda la marcha de la Humanidad pudiéramos decir que estriba en substituir al valor-fuerza el valor-inteligencia. En la misma guerra, el valor sufre una transformación; el valor va siendo no ímpetu ciego, no intrépida temeridad, sino reflexión, cálculo, inteligencia, ciencia. Vence quien más frialdad y ciencia tiene; y en la guerra la victoria es la que importa.

Sigamos con interés—en lo que tienen de laudables—las propagandas de Eugenio Noel. Combatamos el flamenquismo; continuemos la obra de Jovellanos y de Caldaso. Si invocamos la tradición, hé aquí una bella tradición. Pongamos nuestros ojos no en el héroe de un deporte inhumano, sino en el héroe por la ciencia, en el héroe por el progreso.

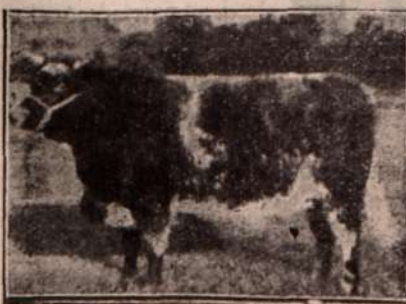
Azorín. ☞

Manifiesto Antiflamenquista.

Herido está de muerte el pueblo que con sangre se divierte.
(Martínez de la Rosa.)

Plácemes merecen, y nosotros se los tributamos reconocidos, esos jóvenes que tan bravamente se manifiestan contra las corridas de toros agrupándose para organizar espectáculos dignos que contrarresten esa fiesta inculta y salvaje que toda persona honrada debería de repudiar.

Los jóvenes socialistas, enemigos juramentados de ese vicio nacional, que engendra el flamenquismo y la chulapería, no podíamos haber visto con indiferencia la feliz iniciativa de esos jóvenes, y ya que



Un soberbio ejemplar de *bovino de mesa*. El problema de los toros bravos de lidia es una cuestión nacional, un problema de alta política.

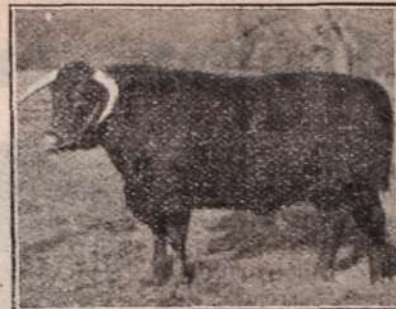
nos está vedado el intervenir en sus trabajos de organización, manifestamos nuestra ardiente adhesión a la idea por medio de esta hoja, animándoles a perseverar en la obra hasta conseguir que el éxito corone sus nobles propósitos, desterrado para siempre de este pueblo ese espectáculo denigrante que lo envilece y basta por sí solo para anular las bellas cualidades que lo adornan.

Cuarenta mil razones tenemos para re-



Un *bicho* modelo. Como, Decía Costa que una parte de los españoles se acostaba todos los días sin cenar.

pudier ese espectáculo bárbaro e inhumano, en el que se asesina de la mane-



En la Exposición anual de Palermo (República Argentina), podéis ver bichos como éste todo carne. Por millones cuenta aquella República las cabezas de este ganado. Millones le produce la exportación de esa carne. Nosotros lo entendemos mejor; ni carne, ni millones; crueldad.

que el preludio de un cambio de postura. Todos los pensadores están de acuerdo en

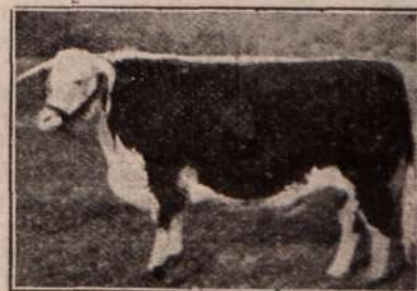
que las revoluciones en España han sido estériles, porque un pueblo sin ideales, habituado a dormir al sol, no es capaz más que de un cambio de postura.

Sin ideales acabamos de decir, y no es eso enteramente exacto. Tiene España su ideal, y tal vez más arraigado que ningún otro pueblo. Este ideal es el torero. En España no triunfan los artistas ni los sabios, por que nadie se preocupa de admirar las producciones del primero ni de estudiar y comprender los resultados del segundo. Es el torero quien ocupa toda la psiquis de los españoles. El torero es el único que triunfa verdaderamente. Tal es la fuerza de sus éxitos, que son el objeto de un culto que lleva todos los atributos de una idolatría refinada.

Y esto impone a todos los españoles. Su consecuencia inmediata es el flamenquismo. Este nace, creemos, principal-

mente de un fenómeno general de imitación. No nos puede ser indiferente esa fiesta, de donde sale toda la hez bullanguera e ignorante que hoy derriba y mañana ayuda a levantar, que hoy aplaude y mañana escupe a quienes pretendieron redimirles, toda esa masa inconsciente que esteriliza los grandes movimientos de los pueblos. Porque no la queremos así, sino regenerada y apta para la vida de las ideas, combatimos ese espectáculo inhumano, no sea que una vez más ese pueblo de los toreros manifieste sus debilidades o sus pasiones en la gran solemnidad histórica en que el pueblo consciente vindique nuevos derechos.

Juventud Socialista de Eibar.



¿Por qué no hay en España un ganadero de genio que conjunte el mercado mundial de carne? He aquí la razón: Por un *morucho carnal* (¡ole!) dan muy pocos duros los *carniceros*. Por un *morlaco* de lidia dan dos mil del ala. El negocio inmediato y fácil, nada de sacrificios.

ra más ignominiosa y cobarde a los animales más nobles y útiles al hombre: el toro y el caballo; pero, sin embargo nos limitaremos únicamente (ya que el espacio no permite más) a exponer algunas consideraciones sobre el particular.

Las corridas de toros son un conjunto de



Un *tío*.

crímenes que se realizan impunemente con las infelices bestias destinadas al sacrificio, y un homicidio general que se comete con el pueblo. Sabido es que todo ser humano es



Un *nene bitongo* de veras.

un compuesto de hombre y bestia, elementos que luchan en su seno por reinar sobre él. Es como el combate eterno que los persas representaban en la lucha incesante de Ormuz y Ahriman (el genio del bien y del mal), que se disputaban el imperio del mundo.

Y las corridas matan en el corazón de esas multitudes al hombre, dejando pleno imperio a la bestia. Ese es el homicidio general que priva a España de los hombres que la habían de redimir.

Los modernos han hallado en la conciencia social el fundamento de la moral, y ese fundamento se destruye con los buenos sentimientos. La revolución en la vida social de los pueblos es un fenómeno fisiológico, unas veces a manera de la regeneración que sigue a la enfermedad, y otras como el bostezo y el despejamiento que frecuentemente no son más

Díálogo con un Toro.

— Señor vaquero, ¿tendría la bondad de decirme cuál de esos cinco toros es el famoso *Canito*?

— ¡Zi zeñó! ¿ve osté aquí berrendo, fino e puntas, más bragao que la virgen, er que tié los peliyos ri-

zaos sarvasea la parte?

— Mil gracias, señor vaquero.

— ¿Eh?... ¡toro!... ¡Canito!

— ¡Allá voy; ¿qué deseas de mí?

— Hacerte una interviú.

— ¿Y eso qué clase de martirio es?

— Para tí, ninguno, *Canito*. No seas desconfiado...

— ¡Mu!...

Como aun me duele el morrillo de las cosas que me hicieron la otra tarde...

¿Y quién eres tú?

— Yo me llamo Noel.

— ¡Cuernos de Satanás!...

A tí te pasará lo que a mí la otra tarde, si sigues hablando mal de esa perra fieste-cita. Sin duda que eres valiente; pero eso cuesta a vosotros, de

vuestra utilidad inmensa para el hombre, en la página 684 de su tomo II.

— ¡Qué bárbaro!... ¿Y tú lees eso?...

— Yo leo todo lo que concierne a la salvación de nuestra imbecil y absurda patria. Por ella vengo a enterarme de muchas cosas que ignoro, a riesgo de enojarte.

— Así da gusto tratar a los hombres. Ya ves: nosotros tenemos fama de nobleza. A buenas, hacen lo que quieren de nosotros. Tienes razón: Yo debería abrirte ahora en canal, y no lo hago.

— Haz lo que quieras, mas escucha.

— Soy todo orejas.

— ¿Qué sientes cuando un picador te da un puyazo?

— ¿Qué sentirías tú si en tu cuello te metieran una pica?

— Pero es que tú te creces con el castigo y cuanto más daño te hacen más valiente eres...

— ¡No faltaba más!... ¿Por qué no he de defender mi vida? ¿Es que yo no valgo lo que costó ponerme el

ro, Noeliyo.

— No te ha ido a tí tan mal con serlo, *Canito*.

— ¡Sí! destripé nueve caballos y maté dos hombres; pero uno de ellos logró clavarme un par de banderillas y los picadores me pusieron tibio;

¿no se dice así? Tu vieron que echarme al corral.

— Así se dice. Las frases más gráficas del castellano son de origen flamenco. Toda España está podrida por ese vicio.

— Bueno, déjate de sermones, y al avío. ¿Me retratarás?

— ¡Sí, *Canito*, con la pluma, que es la fotografía de los malos escritores o de los escritores pobres, que es lo mismo.

— Bueno, pregunta.

— ¿Qué edad tienes?

— Cinco hierbas.

— Pues es raro, porque los ganaderos se reunieron, y como no han leído *La vida de los animales*, de Brehen, determinaron que un bovino de tres años es un toro real un verdadero toro.

— Oye, Noeliyo; ¿pero hay alguien que se preocupa de nosotros?...

— Aquí, en España, no sé; aunque hay tres Sociedades protectoras de animales. Ese Brehen es un extranjero que habla de

vuestra utilidad inmensa para el hombre, en la página 684 de su tomo II.

— ¡Qué bárbaro!... ¿Y tú lees eso?...

— Yo leo todo lo que concierne a la salvación de nuestra imbecil y absurda patria. Por ella vengo a enterarme de muchas cosas que ignoro, a riesgo de enojarte.

— Así da gusto tratar a los hombres. Ya ves: nosotros tenemos fama de nobleza. A buenas, hacen lo que quieren de nosotros. Tienes razón: Yo debería abrirte ahora en canal, y no lo hago.

— Haz lo que quieras, mas escucha.

— Soy todo orejas.

— ¿Qué sientes cuando un picador te da un puyazo?

— ¿Qué sentirías tú si en tu cuello te metieran una pica?

— Pero es que tú te creces con el castigo y cuanto más daño te hacen más valiente eres...

— ¡No faltaba más!... ¿Por qué no he de defender mi vida? ¿Es que yo no valgo lo que costó ponerme el

hierro en la dehesa?

— Por lo pronto vales las dos mil pesetas que dieron por tí; pero no se trata de eso. A la gente le molesta que no lo oyes, que no te arrodielles y le pidas perdón en el ruedo...

— ¡Pero que mu propio!...

— ...Lo que oyes, *Canito*. Te toman rabia y por eso piden más caballos, para hacerte daño.

— ¡Pobres caballos!...

— ¡Si vieras cuánto sufro al ver que no he sacado las tripas a los varilargueros!...

— Lo comprendo. Lo que tú no sabes es que te martirizan por envidia, por odio. La contemplación de tu fuerza no les sugiere la idea de utilidad inmediata o un deseo de gustar la belleza de tu armonía...

— Gracias, eres muy amable, Noeliyo...

— Soy justo.

— Eso sí que es más raro que encontrar las en los pastos...

— Muy curioso es lo que me dices... luego si en la plaza me hacen tantas barbaridades...

— Es por envidia, por odio; no lo olvides. Si tú estuvieras sentado en los tendidos y vieran ellos los que se lidiaran, ibas a ver hombres. ¡Un metro de altura, feos, estrechos, magros, ridículos!...

— ¡Ya lo decía yo! Cuando me fatigaba y sentía resbalar la sangre por los brazos, filosofaba yo así: ¡Pero qué he hecho yo a estos animales!...

— Bipedos, *Canito*, bipedos. Esos hombres son muy orgullosos y no quieren creer que si andan en dos pies es por la costumbre.

— Con que bipedos, ¿eh? ¿Pues sabes cómo me los imagino yo? ¡Con cien patas! Noeliyo...

— Ahí tienes por qué he venido. He pensado que era necesario consultarlos. Existen hombres a quienes les interesa conocer vuestra opinión, puesto que sois los sacrificados. Tales hombres creen que estáis dotados de tanta sensibilidad como fuerza. Además, reflexionan que no tienen razón ni derecho para asesinarlos con los más villanos martirios.

— Así debía ser...

— Y así tiene que ser.

— ¡Mu!

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Que magras!

— ¿Y por qué no? Pronto llegarán a sacrificar anualmente cinco mil toros. Como ves, no habrá ganaderías que puedan surtir esa cifra formidable.

— Darán chotos.

— Ya los dan. Tú eres una excepción.

— ¿Pero ignoras por qué?

— Dímelo, *Canito*.

— Yo era un semental. Un día mi amo, que es X el grande de España, necesitaba enviar buen ganado porque iba el rey a ver la función, y me envié.

— ¿A quién le has oído eso?

— A mi vaquero.



Un ángel de cuerpo entero.



Un nene hace años.



Un nene hace un siglo.

— Ahora dime: ¿qué opinión tienes tú de los toreros?

— Pues la misma que tú tendrías si te acorralaran, corrieran, pincharan y cuando les acometieran huyeran el bulto y te rompieran las vértebras cervicales.

— ¿Entiendes?

— Sí, mas tú te harás cruces del valor que representa el ponerse un hombre delante de tu enorme bravura y circunstancias.

— Ca, hombre, ca. ¡Pero si en las dehesas pasaban junto a mí hasta los chucuelos! ¡Si estando yo en la senda echado me retiraba para dejarlos pasar! Además, ¿no ves cómo me engañan y no dan nunca el cuerpo y siempre llevan en la mano una defensa?

— Sí, *Canito*. sí: es verdad; allí no hay valor, allí hay billetes de mil pesetas y la adoración de siete millones de personas cuyo peso es no haber nacido toreros.

— ¡Ah! ¿se nace torero?

— Así dicen, y hasta existen dinastías en las que se vincula el arte de matar.

— ¡Ombbligo de vaca!

— Se nace torero como se nace poeta. Con la diferenciade que si aquí ellos no hacen diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.



Belleza adorable, tu inspiras un dulce deseo de paz, de vida intensa, de gracia, de sencillez, de odio a todo lo que es falso y estúpidamente pretencioso. (Mármol de Peterfels.)



El progreso hace prodigios.

caso maldito de éstos, los poetasse *pirran* por los toreros.

— Oye, Noeliyo: ¿qué es un poeta?

— Debe ser un hombre de tan profunda ciencia y elevadísimo sentimientos

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Sí?...

Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco o seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y, por último, una espada.

— Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmoverse la suerte de su patria; ¿cómo se van a apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¿Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los marti-

que se ponga siempre del lado del débil.

— Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

— Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

— ¿Por qué no les



El que trajo las gallinas y los gallos.



¡Saláo, so tío ansioso; bendita sea la...!



Uno de frente por detrás.

aconsejas que lo lean?...

— No; lo primero que harían es poner el nombre de Virgilio a un becerro. Son así, *Canito*.

— ¿Y de mí qué dicen?

— No me atrevo a decirlo...

— Echa por esa boca, Noeliyo.

— Pues de tí, como has matado dos hombres y hecho una faena coisal, te quieren volver a ver en la plaza, y mañana saldrás de nuevo a lidia.

— ¡Piel de España! ¡Recuernos!

— Ya ves, amigo, estás condenado a muerte.

— ¡Pero es posible que no les conmueva el valor!...

— Según ellos, quien tiene valor es el torero.

— Mala noticia me has traído.

— Tal vez; pero tú sabrás morir como bueno. Era fatal. Si no hubieras nacido en España...

— El mal es nacer en España.

— Serás vengado, *Canito*.

— ¿Por quién?

— Por mí.

— ¿Cómo?

— Demostrando que tú eres el héroe.

— Poco me importa.

— A nosotros, sí, *Canito*. Cada toro que muere...

— ... Es un toro que matan.

— ¿Te chancas todavía?

— ¿Crees que voy a llorar o a rezar en esa capilla que hay junto al apartadero de los corrales?

— Eres el más español de todos nosotros.

— Bueno, en paz; ¿quieres algo más de mí?

— No.

— Pues me alegrito de verte güeno.

— Digo, sí.

— Pues desembucha, compare e mi arma.

— ¿Por qué estás tan alegre?

— Porque no estoy triste.

— ¿Pero no ves que te van a mechar, rajar, fundir, capear y matar?

— Pues por eso me alegro. Porque voy a abrir en canal a otros dos monigotes. Eso es vengarse.

— Eres el más español de todos nosotros.

— Pa mí que sípi. Y ten cuidado no te la diñen.

— Tengo un valor muy parecido al tuyo.

— Que te aproveche, y vengan esos cinco.

— Venga esa pata.

— ¡Mu!

— Adiós.

— Señor vaquero, ¿tendrá usted la bondad de decirme quién matará al *Canito*?

— Er *Patata*, zeñó Noé.

— Gracias, señor vaquero; no podía ser otro.

Eugenio Noel.

Pan y Toros. Edición Sempere.

Ntra. Sra. de las Parihuelas.

Como el cirujano creyera deber suyo traer un capellán, se desarrolló una escena siniestra, que cinco fotógrafos tuvieron buen cuidado de perpetuar en sus placas. Llorábamos todos a lágrima viva, que no parecía aquello dependencia aneja a una plaza de toros



De nuestro matonismo.

Me parece bastante difícil hacer la psicología de nuestro pueblo, del pueblo español, y, por consiguiente, decir cosa alguna acerca de ella con probabilidades de acierto. Siempre he tenido por aventurada y expuestísima a error toda tentativa de este linaje. Entre los pocos escritores que, sobre todo en los tiempos últimos, se han lanzado a semejante empresa, se advierten fundamentales discrepancias que, a mi juicio, no hay más remedio que atribuir, a lo menos en su mayor parte, a la causa dicha.

Con todo, hay una cualidad del alma española, del alma histórica y de la contemporánea, que parece indudable, y que, bajo una u otra forma, reconocen cuantos se han ocupado de



Una escena del Hospital de Alfonso XII en Cuba. Que os sirva de recordación. 200.000 jóvenes perdieron allí, unos, la vida y otros, el tiempo, que vale tanto o más.

la materia, bien directamente, bien de un modo indirecto. Es la bravuconería, que, según los casos, se presenta con los nombres y las apariencias de orgullo, de arrogancia, de prepotencia, de brutalidad, de vanidad, de majeza, de jactancia, de humos de hidalguía, de petulancia, de guapeza, de matonismo... No diré yo que sea característica exclusiva de los españoles; abunda bastante por doquiera; por este respecto, como por tantos otros, es gran verdad lo de que *tutto il mondo è paese* y que *en todas partes cuecen habas*. Pero con la intensidad que en España no se encuentran fácilmente en otros de los denominados pueblos civilizados manifestaciones de aquella tendencia. La cual tampoco afirmo que sea esencial y de tal manera inherente al alma español-



He aquí una parte de las que Francia nos ha regalado en Marruecos: Dios la pague su generosidad.

la que no quepa sobre el caso esperanza alguna y no haya otro remedio que resignarse a vivir perpetuamente con ella y sus frutos. Muy al contrario, me parece una cosa pegadiza, adquirida por cada individuo (aunque haya que contar también con la presión constante y secular, que la convierte en hereditaria), de las que se maman y se respiran desde el instante primero de la vida de cada cual, y por eso mismo incorporada lentamente y muy connatura-



Delicias de la guerra. Los imperialistas, colonistas, bebedores de sangre, flamencos y nenes bitongos deben observar ese montoncito de calaveras. Se las trae. ¡Oh, encanto de la guerra, solo te aborrecen los tímidos, parollos, quillados, chalaos y gacelus! Los que aman la sangre y la muerte ¡oooh, esos si que son hombres, esos si que aluspan en blando!...

lizada con el organismo y el temple psicológico de cuantos llevamos una vida común; pero, justamente por ser pegadiza, adquirida, endémica, la tengo por modificable y sustituible, singularmente cuando la acción encaminada a lograr esa modificación y sustitución obre de un modo persistente, sistemático e indefectible.

En España, todo conspira, hoy por hoy, a mantener el culto a la



Noctigo er Melenas en Nador (guerra de 1909). Su Patria le pagó con la cárcel. Yo siempre recibo pago semejante. Y eso que hasta los compañeros de la Prensa reconocieron que aquellos artículos fueron la visión más exacta de la campaña. Este retrato se pone a ruego de unos nenes bitongos.

recuerda las cosazas que se oyeron y se leyeron entonces en los periódicos, dichas o escritas aun por personas que juzgáramos de criterio superior al de la masa?

Ni cabe decir que los momentos de referencia eran anormales, de excitación febril; pues aunque ello es cierto, no se puede desconocer tampoco que el fenómeno es constante y normal, y que entonces no hizo sino agudizarse. «Somos un pueblo que se amamanta en la tradición de la bravura, de esa bravura

ventajista que ha lanzado a la fauna social el tipo del matón achulado y pendenciero.» Esto decía, no hace mucho, uno de los grandes periódicos de Madrid (1), y, a mi parecer, con exacta verdad.

En un libro reciente, donde se pretende hacer la psicología colectiva de nuestro pueblo a la época en que Cervantes escribió el *Quijote*, se afirma, como una de las características del pueblo español de entonces, su «omnímoda confianza en la fuesa», que se revela en refranes como estos que figuran en el *Quijote* mismo y que tienen hoy todo el vigor e igual aplicación que en los

(1) *La Correspondencia de España* de 26 de abril de 1905, en una crónica titulada «Sangre y sol», de D. Fabián Vidal, escrita con ocasión de uno de los frequentísimos hechos brutales que están de continuo aconteciendo, lo mismo en Madrid que en el resto de España.



Cervantes hace testamento. ¡Y qué testamento! El de la hormiga. Toda su vida literaria se la pasó ofreciendo sus obras a príncipes y magnates y murió en la mayor miseria.

siglos XVI y XVII: «No pidas de grado lo que puedas tomar por fuerza»; «el que luego da, da dos veces»; «donde las dan, las toman»; «las cañas se vuelven lanzas»; «el rey es mi



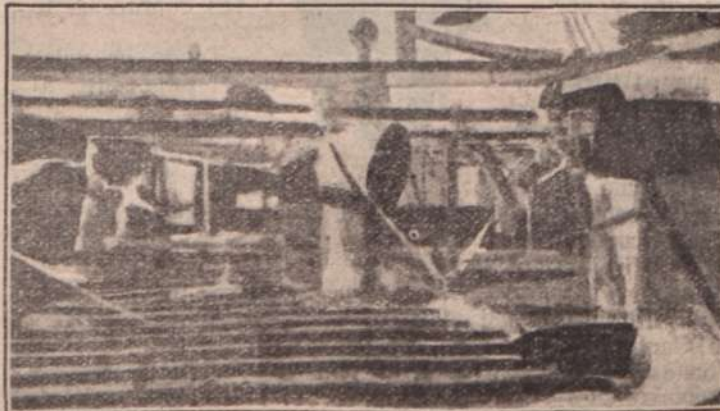
Galdós. El emperador de Alemania logró el premio Nobel para Heyse. Alfonso de Borbón debía pedirle para Galdós. No se le negarian.

gallo», y otros parecidos. Y el autor del libro aludido, añade: «*El culto idolátrico de la fuerza*, so color de sostener el propio derecho, perdura todavía entre nosotros: sin



Otro pedacito de terreno heredado en el testamento de Isabel I, y refrendado por nuestros hombres... de Estado.

recordar a la España de las sublevaciones militares, del pandillaje político y de los motines del día, es triste curiosidad, digna de ser no-



Emilio Acosta, al ser recogido, desechas las piernas y destrozado el vientre, con la sonrisa en los labios decía a cuantos le rodeaban: «Esto no es nada. ¡Viva España! —Debió de decir: —Esto no es nada para lo que le va a pasar a España!



El 1.º de Mayo los socialistas ofrecieron a los burgueses esta obra maestra rusa.

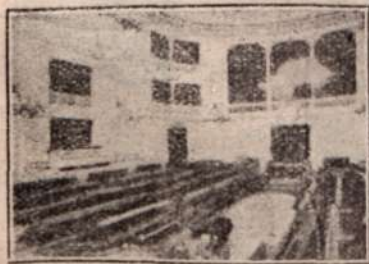
selvático, se observa actualmente con los caracteres más primitivos en algunas capas de nuestro pueblo. El matonismo y la chulapería son fenómenos peculiarísimos (¿de los españoles?) y del más vivo interés ante la psicología colectiva (fenómenos, digo yo, no propios tan sólo de algunas capas de nuestro pueblo, sino comunes a todas ellas) (1).

Imposible ir indicando una por una y con todo detalle las mil manifestaciones de ese matonismo y esa chulapería, de la prepotencia, la arrogancia, la baratería, tan comunes entre nosotros. Sería cosa entonces de hacer este estudio interminable. Hay muchas más y más graves de lo que, por regla general, nos figuramos nosotros mismos. Como estamos viviendo con ellas y entre ellas desde el primer momento de nuestra venida al mundo, y como las vemos practicar y las practicamos también nosotros a diario, nos hallamos de tal manera familiarizados con ellas, que no las echamos de ver sino en raros casos: verbi-gracia, cuando adquieren una intensidad desusada, en tono muy subido, o cuando las víctimas de ellas somos nosotros mismos u otras personas a nosotros muy allegadas.



Francia.

«Desdela cuna, el niño ve en el sol, en el vino dorado, en los esplendores de los circos, una excitación constante al homicidio. En la escuela le enseñan a considerar grandes hombres a los conquistadores que cambiaron, en el sangriento juego de las batallas, los destinos del mundo. Y quien admira a Alejandro, a César, a Bonaparte, tiene también que inclinarse frente al torero aclamado por los públicos y mirar como a un héroe a quien mata por lo que llaman cosas de honra. En el teatro y en las obras más aplaudidas y celebradas, se hace la apoteosis del homicidio, se sanciona el crimen pasional, despertando en la multitud un estado de conciencia extraviado y falso. Hay que matar por la mujer, por la fama, por el qué dirán, por la incomodidad tiene su asiento.

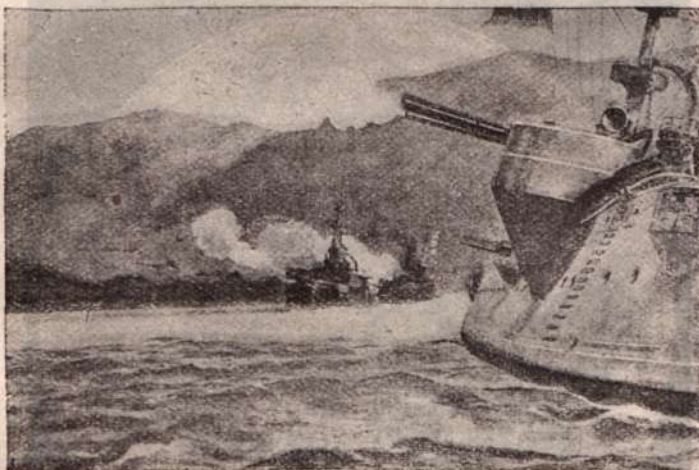


Decoración del acto segundo de *Las alegres comadres*, en el que, como en los sítiros de que hablaba Cervantes, toda incomodidad tiene su asiento.

tada, que esacierta disposición consustancial del espíritu español, inquieto, levantisco, casi

una mirada, por un gesto. El duelo que no concluye sangrientamente provoca comentarios burlones. El hombre que no defiende su cariño a navajazos es considerado como despreciable y pusilánime. Toda una literatura, que comienza en los dramas calderonianos para concluir con esas obras donde el crimen se disculpa y hasta se ennoblece, sostiene la tradición de la guapeza y la consagra rodeándola de un ambiente heroico. Todo conspira para familiarizarnos con la sangre. Nuestras mujeres aman al más bravo y asisten impávidas al destripe de los caballos en el circo...» (1).

Todo esto es muy cierto, y no habrá quien no lo reconozca. Lo malo es, no obstante, que



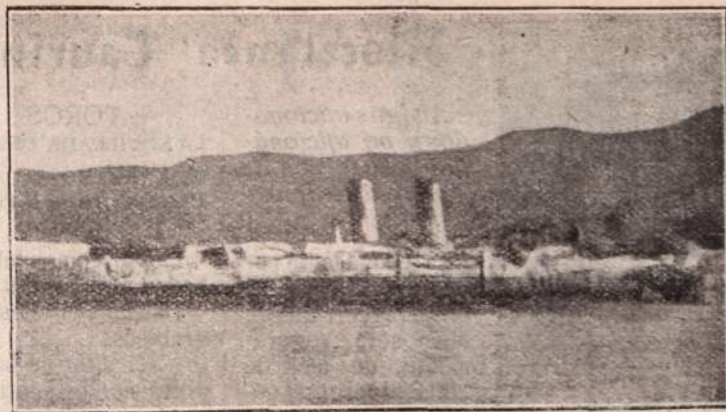
La escuadra del almirante Sampson bombardea Santiago de Cuba. Es un documento publicado en una revista de los marinos. Por encima de las montañas, los tremendos proyectiles caen sobre la villa que no supimos conservar. ¡Cuántos libros se escribieron a raíz del desastre, cuántos artículos, cuántos discursos, y el alma olvidadiza del pueblo, que rugía de dolor, pareció negarse a toda evocación del desastre. Recordad, recordad, y que el recuerdo os lleve el deseo de reivindicaciones, no de revanchas. Es en el Parlamento, no en Washington, donde debéis reanudar la discusión de aquellos días

tal reconocimiento es accidental y de momento, olvidándonos de que el peligro subsiste después y aun se agrava, porque las causas de él siguen actuando. Por donde quiera, adonde volvamos los ojos, nos encontramos con la excitación al matonismo y la guapeza. «Entro en un bazar de juguetes y miro a mi alrededor. Por todas partes veo tambores, cornetas, sables, cañones, penachos, banderas y arreos militares. Ante aquella serie de objetos relucientes, experimento una sensación de fatiga. Más que juguetes destinados a producir en la infancia ideas de paz y de cariño, semejan instrumentos de ruido y de lucha, tan sólo útiles para excitar la soberbia, el niño! (2)». Los organizadores y admiradores de batallones infantiles debieran pensar que con ellos van haciendo matonesco el espíritu de los «pequeños soldados».

Al uso constante de armas atribuyen muchos —y entre ellos los fiscales del Tribunal Supre-



¿España?...



Oído, hermanos: «El número de bajas (combates de Santiago de Cuba y Cavite) superó al cincuenta por ciento del total de sus dotaciones. Palabras de un testigo. Ahora bien, es necesario que no olvidéis esto, si os da la gana, que se dan casos.

mo, en sus memorias elevadas anualmente al Gobierno—una larga proporción de los crímenes de sangre que entre nosotros se cometen. Dicho así esto, parece exagerado. Si tras la navaja no estuviera un hombre capaz de usarla sin mayor reparo, o sin reparo alguno, en contra de alguien, claro está que nada malo podría ocurrir. Es una perogrullada; pero una perogrullada que se olvida muy a menudo, cuando, por ejemplo, se dividen las armas en mortíferas y no mortíferas, o los juegos en ilícitos y lícitos, para prohibir los unos y permitir los otros; siendo así que todo depende de quien haga uso de ellos. Sin embargo, la ocasión excitante puede a veces mucho, sobre todo cuando conspira de consuno con otras causas concurrentes, y todas ellas se sostienen y ayudan entre sí. El predisponente a acometer no necesita sino



Alemania.

mimbres y tiempo, esto es, circunstancias favorables. El uso y la exhibición de armas obran eficazmente en este sentido. «Cuando pasamos ante esas tiendas, que abundan en los barrios bajos (de Madrid), en cuyo escaparate se exhibe abundante colección de navajas, pensamos siempre en cuánta facilidad hallan los «bravos» para proveerse del instrumento de su dominio. Hay allí armas de todas clases, navajas de hoja anchísima, con un adorno de cobre en su centro y rótulos grabados que son invitaciones a la pendenencia y al desafuero. Otras navajas hay larguísimas, estrechas, en las que un arte salvaje ha labrado emblemas de muerte.

(Continuará.)

Dorado Montero.

Extractamos este capítulo de la obra de *Criminalología y Penología* del cien veces admirable profesor de Derecho Penal en la Universidad de Salamanca.

(1) V. *La filosofía del derecho en el Quijote*, por D. T. Carreras y Artau, Gerona, 1905, páginas 284-86.

(1) F. Vidal, lugar citado.

(2) De un artículo, «Visto y oído», publicado por D. Luis de Tapia en *El Imparcial* de 12 de junio de 1905

Miscelánea Taurina.



Una capea simbólica. Ese farol, sirviendo de barrera, está diciéndo a esos buenos mozos que la luz salva a quien se refugia en ella.

Amigos aficionados y no aficionados, oid la voz de un cronista taurínico:

La recaudación por el abono de las siete primeras corridas de ídem será, seguramente, de más de 250.000 pesetas, correspondiendo, por lo tanto, a cada corrida 36.000 pesetas.

De las 36.000 pesetas que corresponden a cada corrida son para el Sr. Echevarría 25.000, y debieran ser para el Ayuntamiento, por su 44 por 100, 11.000. Si a dichas 11.000 pesetas que le corresponden al Ayuntamiento por lo recaudado del abono por cada corrida se añaden las que «debieran corresponderle por la venta en taquilla de localidades no abonadas, resultará que el Ayuntamiento debería percibir, próximamente, 20.000 pesetas de impuesto por cada una de las corridas de abono, y como



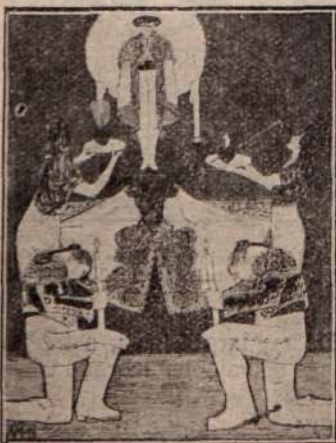
Amarguras de la campaña. Nocturno y Pelenas tal y como volvió de Sevilla según los dibujantes. Que Dios les pague sus buenos oficios. Es un modo español de animar a los quijotes y redentores.

quiera que el empresario no paga al Concejo, ni con mucho esa cantidad y además ha dejado de cumplir el compromiso que se impuso con el Concejo sabemos que varios ediles

republicanos se proponen pedir la rescisión de dicho contrato, obligándole al Sr. Echevarría a que tribute por todo lo que le corresponde.

Ese buen señor pagó por el arriendo de la Plaza 260.000 pesetejas y da por temporada 25 corridas y 25 novilladas. (Datos para la Historia de las malas ideas de España que ofrecemos al Menéndez y Pelayo que salga...)

Ahora leed, hermanos, esto que me envía un colaborador espontáneo, al que doy las gracias que le sobran al siguiente relato, modelado de... de qué se yo... vosotros lo diréis.



Muy acertadamente, Ramón ha expresado ese delirio imbecil con que toda una Nación se ofrece al hueco y trágico dios de barro.

El caso es que leáis, porque pinta mejor que un libro nuestra vida miserable.

TOROS

LA NOVILLADA DE AYER

Seis de Sarga para Fuentes, Alcalareño y Valencia

Llovió como debiera llover en tierras mo-
Pero los ciriales san-
grebinas.

tos del altar de la empresa no desmintieron su fama milagrosa; a tales cirios no hay nubes que se resistan.

Fuimos a la plaza en las naves tranviarias surcadoras del «piélagro» de nuestras calles «canalizadas» por la incuria municipal.

Allí el presidente conferenció con los mata-



Una becerrada de cierto gremio. Los que tienen el poco poder de sacar en la cuadrilla a esos niños, cometen un crimen repugnante que estarán lejos de figurarse. Es así como los países matan en el niño toda aspiración, rebajándola a estériles ideales de majeza y agresión.

tres espadas de segunda fila?
¿Dónde está el público de toros?
¿Dónde está la afición?
¿A cuándo esperan a venir?

Confieso mi error.

Declaro que fui un imbecil al creer que en Zaragoza había afición a toros.

Aquí hay pasiones de pronto, fervor partidista, amor al ídolo; todo menos afición en el verdadero y recto sentido de la frase, pues de haberla, no habría perdido la ocasión de asistir en masa a una novillada que difícilmente se ofrecerá mejor en los carteles por toros y por los toreros.

—¡El tiempo!... observará el agudo, que para todo encontrará disculpa.

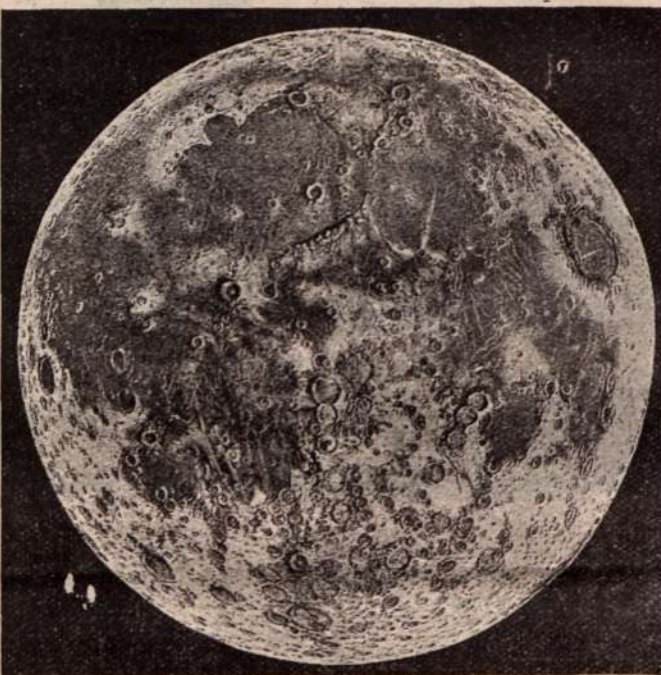
—¡No, señores!

El tiempo, no.

Lloviendo tal que ayer y lloviendomás se llenó la plaza en peores funciones, y para cuando llovió no había entradas ni



Amarguras de la campaña. Ese periódico taurino publicó mi retrato con un pie agresivo e irónico sobre la base forzada de las melenas. Llevo melenas desde que soy niño y no he oído todavía ni siquiera un chiste que merezca la pena. ¿Qué pensadores tiene la afición! Ni aun así aciertan a hacer de reír.



Esto es la luna vista con un telescopio, máquina divina que no se la ocurrió a ningún español. Lo pongo aquí porque debe ser el ideal de los aficionados esa inmensa superficie sembrada de cirios y ruedos. Al paso que vamos España ofrecerá a los habitantes de otros planetas un espectáculo semejante. Y como esos cirios revelan que falta vida en el astro de la noche, nuestros ruedos revelarían que la vida huyó también de nuestra pobre España. 230 cráteres señala ahí la carta de Rué y Nasmyth. 407 cirios poseemos nosotros. Ved, pues, si tengo razón.

dores, y Alcalareño, que tenía ganas de «atorrear», impuso la voluntad, contra el voto de Fuentes y de Valencia (hijo).



Otro dibujo de Ramón. El diestro empuña, a guisa de muleta, la bandera, y nuestro feminismo y nuestros clericales le ofrendan su admiración y estupefacción y la «incategorización de los alondriferos». ¡Olé los tíos!

En la plaza había poca gente.

—¿Dónde está la afición de Zaragoza?— me pregunté.

¿Qué se ha hecho de ese público que paga los billetes a sobreprecio y se pega por conseguirlos y aguanta tres horas de cola a la intemperie?

¿Dónde el furor inusitado que vemos cuando en el circo hay seis monas encerradas para

en la reventa! ¡Ayer sobró medio circo!...

Es que la de ayer era la mejor novillada de la temporada. Ni siquiera sirvió de acicate a los aficionados el presentimiento del hule advertido por quien tiene la suerte o la desgracia de acertar en sus impresiones.

Según Neira, para que un aficionado se sienta nene: un toro necesita poseer las dotes siguientes;

El toro de lidia ha de tener cabeza medianamente voluminosa,



Un dibujo precioso de Cerezo. Aquella plaza de toros sobre la que se cierne una nube horrible, engendra estos seres carne e idea del genio de un Ibsen. No es ya la fotografía, es el alma de los artistas jóvenes la que ve estas cosas en el espíritu de la raza.



Una variedad sorprendente en las capeas. (Admirable decoración en cerámica de don Daniel Zuloaga. El peligro de gatear ante el toro por esa cueca es tan grande, que sólo la más grosera temeridad e irreflexión puede afrontarla. A esto lo llaman heroísmo. ¿A qué llamarán burradas, sandeces y locuras? El gobierno de S. M. permite todo eso.

un tanto acarnada, pero no estrecha; antes al contrario, debe ser ancho el testuz, en proporción a la misma, hocico pequeño; ojo saliente vivo y brillante; cuerno bien colocados: ni muy altos ni muy bajos, ni muy estrechos ni anchos en

demasia, verdinegros y no blancos; oreja pequeña y muy movable; cuello flexible, corto y redondo; pecho no muy ancho y profundo;



Un toro. Este animal se portó como un animal—sentimos no poder decir como un hombre—y lidió bravamente. Sin embargo, era tan noble que ahí veis un dato. Precisamente su nobleza les da su bravura. Nosotros ya no apreciamos el sentimiento de infinita ternura que en la nobleza existe. Nosotros no sentimos ya nada.

des anteriores, o sean, los brazos, rectos y delgados; las posteriores, casi rectas; los corvejones, bien pronunciados; las cuartillas de los cuatro remos, más bien largas que cortas; pezuñas casi redondas, recogidas, bien hendidas, elásticas y del color de los cuernos, muy oscuras o negras; buenos aplomos, y los órganos de la generación normalmente constituidos y bien desarrollados; y en cuanto al color de la piel o capa, siempre aparecerá más agradable a la vista el oscuro que el claro, y el berrendo que el sardo, salinero, etc.

¿No os parece que es la descripción de un español de raza, tal como nos lo quieren endiñar los clásicos?

Un recuerdo:

El Papa Pío V, en 20 de noviembre de 1567



Postal de Karikato. Un lance de honor entre el hombre de hígados y la fiera del circo. Esto no suele suceder en la realidad, porque los hígados de la fiera convierten al hombre en un saltimbanqui.

promulgó su bula *Pro Salute*, en la que imponía pena de excomunión a los reyes y príncipes cristianos que permitiesen dicha fiesta. El pueblo se rió del Papa, y Clemente VII transigió vergonzosamente con la locura del pueblo.

Un telegrama ideal que haría las delicias de un extranjero, publicado en la Prensa pocos meses hace:

Un hombre atravesado por un estoque

POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Valencia, 1 (8,30 noche).



Postal de Karikato. Un caballo admirablemente partido por el eje. Burla burlando esa caricatura es un delicado pensamiento. ¡Y tan delicado!... Peor quedan en el ruedo los pobres caballos a ciencia y paciencia de la Sociedad Protectora de Animales y la Sociedad para el fomento de cría caballar. Aquí de los castizos; ¡Valientes crías y críos!...



hirió a un sujeto apellidado Espín, auxiliar del mozo de estocques, en el momento en que iba a facilitar la puntilla.

El estoque se clavó en el pecho del herido, lo encontraron en tal estado de gravedad, que se dispuso fuese viaticado inmediatamente.



Noeliyo er Melenas hablando en Sevilla con el famoso torero El Marino, que tiene en su casa pendiente del techo un proyecto suyo de aeroplano y la oreja de un toro ofrecida a su heroísmo. A esta fotografía le pusieron los pies más indignos y mordaces, siendo la verdad que ese joven, por vivir en España, está mochalas, cuando en otro país sería un hombre de positivo talento y audacia creadora.

El infortunado Espín es auxiliar de mozo de espadas en todas las corridas que se celebran en esta Plaza.

Es casado, tiene treinta y dos años y su mujer se halla embarazada.

Le dieron en la enfermería 23 inyecciones de cafeína, aceite alcanforado, éter y suero antitetánico.

Apenas ocurrido el suceso entró Ricardo en la enfermería saliendo afectadísimo y muy descompuesto.

Manolo también quiso entrar, pero no le dejaron; para animarle, pues se hallaba lívido, le dijeron que Espín no tenía más que una herida en un brazo.

La Empresa ha dispuesto costear al herido una cama en la sala de distinguidos del hospital.

A primera hora de la noche fué Ricardo

Bomba a visitar al herido, el cual contestó muy afable, y preguntó por Manolo, a quien dijo que deseaba ver. Ricardo contestó que su hermanose hallaba en la fondaindispuesto, y entregó

a Espín doscientas cincuenta pesetas.

Se encontró después el mayor de los Bombas al padre y a un hermano del herido y se les ofreció para todo incondicionalmente.

Los médicos suponen que el desgraciado Espín morirá esta noche.

Los aficionados a toros recuerdan que el 1 de mayo tiene verdadera jettatura.

El Juzgado ha tomado declaración al herido, a su hermano, al representante de la Empresa y a Manolo Bomba.

Un dato que está pidiendo a gritos lo metamos en EL CHISPERO y que os ruego, lectores míos, lo leáis de veras:



Curiosa procesión de toreros de villorio. Los pueblos exigen a estos jóvenes luminosos un pasito previo por las calles. El populacho piensa que, tal vez un toro, mate al héroe de las lentejuelas.



Luigni van Beethoven; un Melenas. Los pelos no dan ni quitan talento, como el llevarlos al rape o ser calvo no afecta en nada a las condiciones morales de las personas. Por eso esgrimir el arma de la peluca contra argumentos recios, es más que infantil, tonto. Ahora bien, llevar en la coronilla unos pelos largos o apéndice, no es señal de estupidez, sino de energía, ¿verdad? Los moros llaman a esos cuatro pelos «estar fantasma». Yo les llamo «estar bitongos», o sea «en su punto», o sea «caramelo ¡ay! puro».

(Dib. de Julio Antonio.)



Jóvenes descarriados que hacen el aprendizaje taurino. Si la enorme energía que despliegan por ser toreros la usaran en algo grande a la Patria, en vez de ser nenes bitongos darían a su país días de gloria. Pero los seis billetes de mil del ala que ven en lontananza... mata en ellos la idea de Patria.



Los niños se divierten. ¿Por qué no juegan a que eran grandes hombres? Preguntadles quién es el Tripafuera o el Rana 54, y os dirán quién son. Interrogadles acerca de Pasteur o Edison y oiréis el solemne silencio.

Gaceta de Madrid del jueves 23 de marzo de 1826.

Ayer fué ahorcado Antonio Caró; murió impenitente y dejando consternado al numeroso concurso que asistió al espectáculo, haciéndolo espantoso un terrible torbellino que, sin duda castigo del Señor, se observó al expirar este malvado, quien salió de la cárcel blasfemando y diciendo tales palabras que no se pueden referir sin vergüenza, y, a pesar de haberle puesto una mordaza, repetía como podía: «¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!» Así fué arrastrado a la cola de un caballo hasta el patíbulo.

Por más diligencias que han hecho sacerdotes de todas clases, no han podido conseguir que ni siquiera pronunciase los nombres de Jesús y María; después de muerto se le cortó la mano derecha para ponerla en el sitio de sus delitos, y arrastrando su cadáver lo condujeron al muladar. Así concluyen miserablemente su vida estos proclamadores de la libertad, y esta es la felicidad que prometen a los que les siguen: ir a parar donde van las bestias.



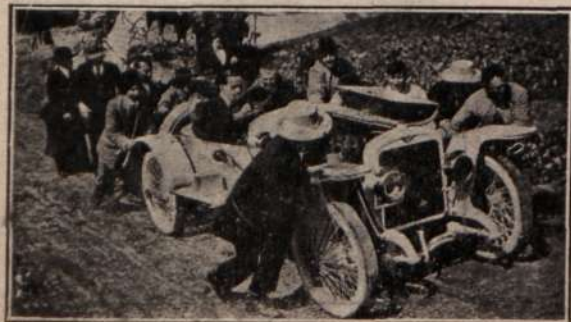
Dos estudiantes españoles en Bolonia (Universidad de). Una manera de decir a los extranjeros quienes son nuestros hombres representativos. Luego os enfadáis cuando al Rey mismo lo dibujan en el extranjero vestido de contrabandista.

Otros dos datos que debéis leer también para ilustraros y comprender cómo está en la sangre la fiestecita:

Señor corregidor de Madrid.—Al marqués de Perales se dice con esta fecha lo que sigue:

Queriendo el Rey N. S. que su proclamación al trono de estos reinos, que se ha de celebrar el 25 del corriente, se solemnice con regocijos públicos, ha resuelto que haya dos corridas de toros el 27 y el 30 del mismo, encargando a V. S. todo lo relativo a su ejecución, como lo estaba anteriormente.

También ha resuelto que en las gradas cu-



Una fotografía de Le Miroir. El Rey de España sube una cuestas; algunos súbditos le ayudan. Y ná más, amen.

En ellas torearon Sentimientos y Alfonso de Alarcón; pero véase una solicitud que se conserva en el Archivo municipal de Madrid:

Señores del Ayuntamiento: Juan Núñez, Sentimientos, torero y primer espada, vecino de esta corte, con el debido respeto a usías expone que, habiendo trabajado en las tres corridas que esta villa celebró a la proclamación de nuestro augusto Soberano D. Josef I, y habiéndole quedado a deber 2.700 reales de dichas corridas, y hallándose en la más extrema miseria, con una dilatada familia de su mujer, tres hijos y dos sobrinitos de corta edad, y el no haberle pagado las corridas que se han celebrado por cuenta del Hospital por ausencia del señor marqués de las Almenaras, en las que salió herido; además, el no cobrar hace ocho meses la pensión de 24 reales que tenía por S. M. y no teniendo el menor re-



Un toro entre frailes. Dios sea loado. Los frailes en España han sido siempre muy flamencos. ¿No recordáis como llevan los manteos los curas?



Un toro guasoncibillís.

de dichas corridas me resulta debiendo la villa. Gracias que, además, por justicia espero, y de ello recibiré merced.

Madrid, 13 de abril de 1809.—Juan Núñez, Sentimientos.

Consolémonos.

Hoy, para honra

Lo que sale de las Plazas de toros, según Noel.

De las plazas de toros salen estos rasgos de la estirpe; la mayor parte de los crímenes de la navaja; el chulo; el hombre que pone la prestancia personal sobre toda otra moral; la grosería; la ineducación nacional; el pasodoble

biertas y tendidos sólo se cobre la mitad del precio señalado, y la otra mitad la aborará Su Majestad, destinando el total producto al socorro del Hospital General, con deducción de los gastos que se causen.

Todo lo cual participo a V. S. para su gobierno. Dios guarde a V. S. muchos años. Palacio, 22 de julio 188.—Azanza.

En ellas torearon



Una cara de un hombre. Tavier, el ruidador de la Antropología. Antropología, señores flamencos, es la ciencia de conocernos a fondo. Por ejemplo, si estudiamos esa ciencia, comprendemos que los que hacen monerías floripondios, ponen los garapullitos como María Santísima y dan recortes citándose como el verbo... son todo lo menos hombres posibles. Cobrando quince, hermanos.

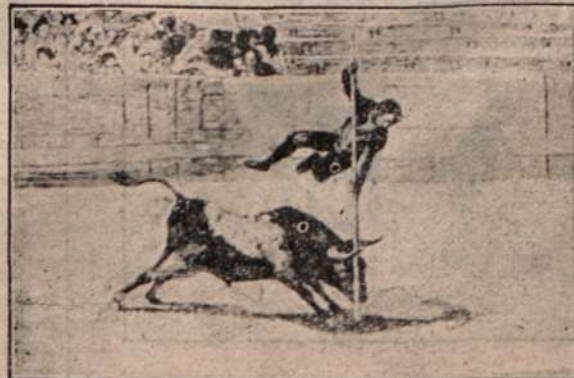
y sus derivados; el canto hondo y las canalladas del baile flamenco, que tiene por cómplice la guitarra; el odio a la ley; el bandolerismo; esa definición extraña del valor que se concreta en la palabra riñones y que ha sido y será

el causante de todas nuestras desdichas ese delirio de risa, de diversión, de asueto que caracteriza a nuestro pueblo; el endiosamiento del valor físico y el des-

precio a lo que signifique duelo, riña, engalle, orgullo, fatuosidad, irreverencia; la libertad de poder hacer lo que le dé la gana; el echar por la boca todas las palabras soeces del idioma o del caló; el teatro del género chico; la pornografía sin voluptuosidad, ni arte ni conciencia; el «apachismo» político; todos, absolutamente todos los aspectos del caciquismo y del compadrazgo; el ningún respeto a la idea pura; el desbordamiento del sentimentalismo sensual, grosero y equívoco que roe hasta las entrañas nuestra Nación; la funesta cualidad de ser el único rasgo enteramente nacional, puesto que sólo la afición a los toros une las regiones y hace andaluz al eúscaro, y extremeño al ca-



Un colaborador espontáneo me envía ese dibujo, cuya responsabilidad le dejo íntegra, pues si los nenes bitongos toman en serio lo de la decapitación, van a ser pocas las gofetadas... que se iban a dar entre ellos.



El salto de la garrocha (aguafuerte de Goya). ¿Por qué los atletas no lo han convertido en sport?



Un trozo de la *Vicaría*, de Fortuny. Ese torero y esa torera en ese banco, qué trinidad tan clásica, qué posturas tan castizas, qué palizas recuerdan!...

talán, y castellano al andaluz: lacrueldad de nuestros sentimientos; el afán de guerrear; nuestro ridículo donjuanismo consus dos extremos o patas; la trata de blancas y la «juerga» y, en fin, cuanto significa entusiasmo, gracia, arrogancia suntuosidad, todo, todo está maliciado, picardeado, bastardeado,

podrido, por esas emanaciones que vienen de las plazas a la ciudad y desde aquí a los campos.

La camisa de Belmonte.

La *Tribuna* del domingo pasado decía esto que entresacamos de una columna dedicada a la leve cogida, afortunadamente; si no, el periódico entero hubiera sido pequeño:

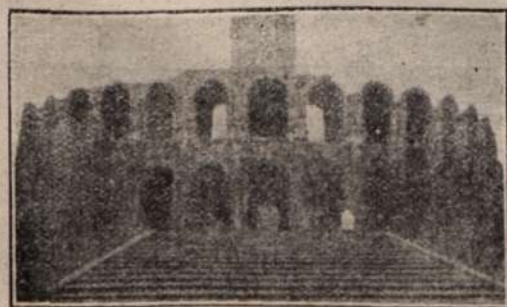
«El diestro encareció mucho que la camisa que llevaba, y que había quedado destrozada por el cuerno del toro, no se perdiera ni la arreglaran tampoco, pues desde hace



Los mendigos en España. (Dibujo de Doré). En nuestra patria el hambre no es una vergüenza ni motor de energía es cierta aliada con la que se cuenta como ganancia que ha de abrirnos el arcano. Tener *gazuza* es profundizar. El hambre engendra el pícaro, y el ayuno es generador de ciencia.

mucho tiempo tenía prometido a persona de su intimidad regalarle, si le cogía algún toro, la camisa que entonces llevara puesta.»

Como no queremos, y es justo que así sea, meternos en la vida privada de nadie, aunque ese nadie sea un torero, sentimos no poder



Exterior de un circo romano. Apariencia de grandeza, ecos de un inmenso poderío en descomposición.

glosar esa noticia, ya del dominio público. No obstante, la Historia de España debe recordar esa camisa como recuerda la camisa que por voto hecho no se quitó en un mes la romántica Isabel I la Católica, autora de esa herencia del Barranco del Lobo.

Unos versos poco conocidos

de D. José Zorrilla.

Hay quien cree que a España sola
Es a quien Dios da la gracia
Y que ésta es la idiosincracia
De nuestra raza española.

Partiendo de base tal,
Lo que es gracia y ser gracioso
Con lo que es hacer el oso
Se confunde en general.

Consecuencia de esta idea
Vulgar, es que por lo pronto
No nace en España un tonto
Que gracioso no se crea.

Y tiene otra tontería
Nuestra gracia nacional,
Y es creer que no hay más sal
Que la sal de Andalucía.



Dibujo hecho por D. Daniel Zuloaga de la mascarilla de Lagartijo, tomada sobre el natural por Inurria. Los flamencos nos quedarán agradecidos. Como ven, no perdemos ocasión de satisfacerlos.

Con lo cual a un dos por tres
Se nos da muy campechano.
Un payés por jerezano
O un vasco por cordobés.
Ser gracioso es muy gran cosa;
Mas de ello hacer profesión,
Es echarse a ser bufón
Profesión indecorosa.

Nación y mujer bonita
Bueno está que tengan gracia;
Mas la mucha gracia sacia,
Y gracia guasona ahita.

Arrojarse a un desacato
Grosero sin ton ni son,
Reventar una función,
Meterlo todo a barato

Y echarlo todo a chacota,
No tener respeto a nada,
Y entonar por bufonada
En un entierro una jota

Nadie habrá que me convenza,
Que en pueblo o mujer sea gracia;
Sino la peor desgracia,
La de no tener vergüenza.

Jamás podré comprender
Que, por gracia, el dar de codo
Y el echarlo a perder todo,
Pueda nunca gracia ser.

Ni cabe en mis convicciones
Que cabe gracia en el crimen,
Y que de la ley se eximen
Por graciosos los ladrones:

Ni entender tampoco puedo
Que quien roba y quien delinque
Campe suelto, y triunfe y finque
Y que el juez le tenga miedo;

Y si sus viles campañas,
Fechorías y delitos
En teatros y en escritos
Por gracias se dan y hazañas;



Un toro (escultura) de Salazar. Bellos animales criados para una lucha estéril, producen en el alma, más que compasión, ira. Su exceso de vida es su propia muerte. Como el alma de la Raza, sólo la muerte da valor a una vida que no fué otra cosa que buscar la muerte rápida, lo más rápida, brutal y necia posible.

Y si hasta, a lo que parece,
Se acepta una dinastía
De ratas y ratería
Que aplauso y loa merece,

¿Quién no cree, con gente tal,
Al ver tal gracia y tal mimo,
Que son el robo y el timo
Una industria nacional?

¿Ni quién habrá que extraño halle
Que si el juez se va de toros,
A echar una baza a oros
El ladrón se eche a la calle?

Y a propósito del tal
Juez en toros: celebro
Esta proporción casual.
Para echarme a dar un quiebro
A la fiesta nacional...

¿Que haya toros?—Norabuena:
Pero no que noche y día,
Por doquier y a boca llena
Sólo se hable de faena,
De brega y de torería.

¿A los toros?—Muy contento
Que voy yo: mas que no impida
La junta de Ayuntamiento,
Ni sesión del Parlamento
Interrumpa la corrida:

Porque ya es ley, por lo visto,

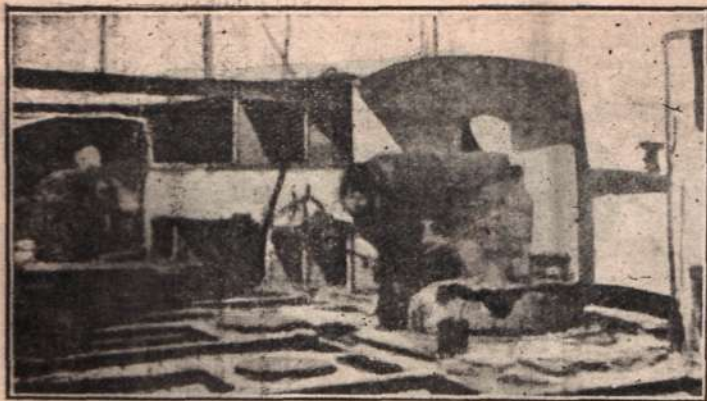


El último toro que mató Lagartijo. Dios nos tenga en consideración este pecadillo que cometemos por un casual en beneficio de los flamencos. No se parece a los toros de ahora ¿eh? Hasta en eso degenera la raza.

Y para nadie un misterio:
Con toros, ni por un Cristo
Se encuentra un servicio listo
En caja ni en Ministerio.
¿Que toros?—¿Y por qué no?
¿Por qué me había de oponer
A que haya corridas yo?
Más no puedo comprender
Que sea el *san-se-acabó*.



Interior de un circo romano. Para odiar los actuales no hay cosa mejor que recordar estos.



A nuestros ministros les causó sorpresa que Manila se rindiese el 13 de Agosto del 98. Y a mí me causa asco que los españoles hayan olvidado que 87 proyectiles de 203 y 152 milímetros nos dejaron como veis en el grabado. Remember.

El famoso milagro torero.

Tomamos del *Iris de Paz*, órgano oficial del Comité Ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa, estos datos que causan náuseas, pues parecen indicar que la madre de Jesús se preocupa de los toreros, como si desde el cielo presenciara las corridas. Es para rugir de indignación ver cosas como estas en un periódico católico. Pero eso de *rugir* jes de tan mal gusto en el país de los sapos!... Leed, hermanos, y santificaos:

«Entre la gente taurina, y especialmente entre los admiradores sevillanos de Joselito Gómez, se comenta muchísimo el nuevo milagro de la Virgen en favor del diestro. Lo refiere el mis-

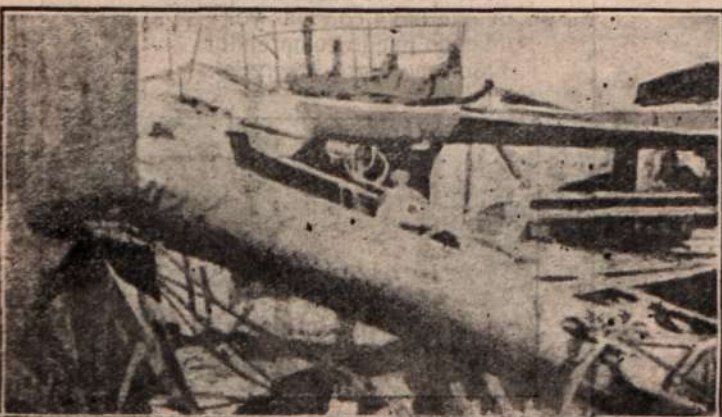
mo Gallito Chico, atribuyendo el estar ileso a una medalla de oro, orlada de brillantes, de la Virgen de la Esperanza, que jamás se quita del pecho. La medalla ha librado al diestro de dos graves cornadas: una en la Plaza de San Sebastián, y otra en



España, saltando la barrera el 98 en dirección al... 98 (hierro marcado en el anca del toro que nos hizo polvo.)

la de Sevilla. En la primera fué aparatosamente cogido por el pecho al dar un pase de muleta, no haciéndole ningún daño, pero la medalla quedó doblada, desengastándose casi todos los brillantes. En la última corrida de feria de Sevilla, Joselito entró a matar a su primer toro recibiendo, sufriendo un fuerte palotazo en el pecho, a consecuencia del cual quedó con la chaquetilla y la camisa destrozadas. Cuando llegó a su casa y se desnudó el traje de luces, vió el torero que el pitón del toro había tropezado con la medalla, haciendo desaparecer la dobladura y perdiendo los brillantes que le quedaban.»

Lo que estamos perdiendo todos es la *chaveta*, meollo—vulgo calabaza—y la *sindéresis* o arte de darse cuenta.



Dice Bujac en *La guerra hispano-americana*, pág. 277, que la rendición de Manila no fué sino la escena final de una intriga política. No lo olvidéis, hermanitos en cuernos; memoria y ella os traerá el odio.

El flamenco y el andaluz, según Mas y Prat.

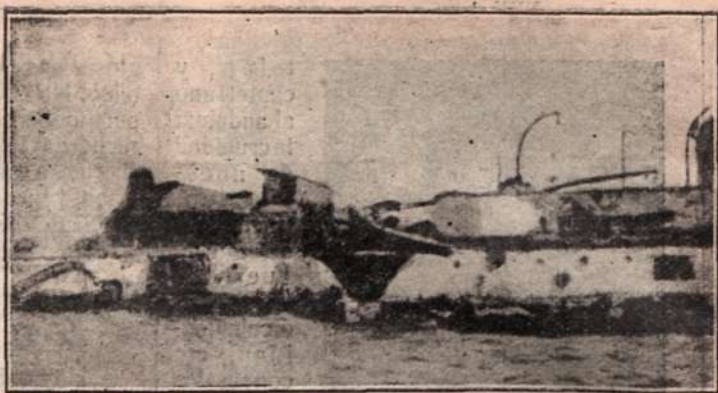
Si buscáis el flamenco y la flamenca, no lo encontraréis en nuestros valles ni en nuestras campiñas: ha emigrado hace mucho tiempo y no es fácil que podáis conocerle. Hallóse un día, sin saber cómo, metido en el tren, y poco después en la Puerta del Sol de Madrid; y como iban con él la *comadre* y los *churumbes*, se avergonzó del traje que

llevaba y se fué al barrio famoso de Lavapiés con pie derecho.

Allí tiró en una ropavejería su botín de cuero punteado, su chaquetilla jerezana con coderas de colores, su calzón corto lleno de botones



Soldados españoles recogidos por caridad gracias a la idem de unos cubanos durante la repatriación del hule inolvidable.



...Recibiendo proyectiles de toda clase, entre ellos uno de gran calibre, que atravesando el toldado de proa, originó una gran vía de agua que al inundar este departamento hizo hociar al buque; otros varios inutilizaron las calderas, deshicieron la popa y prendieron fuego a las cámaras; su dotación estaba mermaadísima y en tales circunstancias faltó al gobierno su buque... ¿No os parece estar leyendo en este relato que Arderius hace de la batalla naval del 98 la coga de un torero tal como la refiere la Prensa.

y la bota ajustada; adoptó la chaqueta de alamares de seda y el sombrero de fieltro de anchas alas, se peinó de tufos a la *dernière*, es decir, en

y chulos de la corte. El conocía el verdadero mundo flamenco; la tierra de María Santísima le era familiar, y podía dar lecciones de andalucismo puro al mismo lucero del alba. Lo que estaba escrito había de pasar; el héroe de nuestro simbólico cuento maridó con una chula después de muerta la *comadre*, y los seis *churumbes*, imitando a los hijos de Roma, robaron Sabinas de pañolillo al cuello, o, lo que es lo mismo, chulas de rechupete.

Así como los connubios de los libertos romanos dieron por resultado aquella mezcla heterogénea de razas que plagaron a Roma de heta-

rias y bacantes desavenidas, el connubio de nuestro flamenco con la chula de Lavapiés ha traído una generación mixta, que es la que se ha impuesto, destruyendo en un punto mismo las costumbres propias y genuinas de dos pueblos hermanos por la historia, pero distintos por naturaleza.

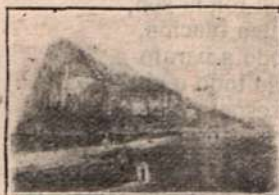


El héroe de las lentejuelas a caballo sale de la Plaza. Esta reducción es un grabado aparecido en cierto libro bilingüe (franco-español) al calor de la «entente». Así soñamos volver de América el 98. Pero, ¡ay!, los sueños... sueños son.

El flamenco que hoy conocemos ni es madrileño ni es andaluz: com-

puesto heterogeneo de uno y de otro, recuerda unas veces a las Vistillas y otras al barrio de San Bernardo. Han empezado las convenciones, y todo gitano ha de tener algo de chulo, como como cada chulo algo de flamenco: que ni uno ni otro es lo que parece, puede conocerse fácilmente estudiando las mutuas desviaciones. El gitano un tanto áspero, de pocas y serias palabras cuando no piensa sacar partido de la venta de un jaco o del pelado de una mansa cabalgadura; pero sus ocurrencias son siembre *sembradas*, es decir, de una oportunidad que suele aplanar al que le escucha.

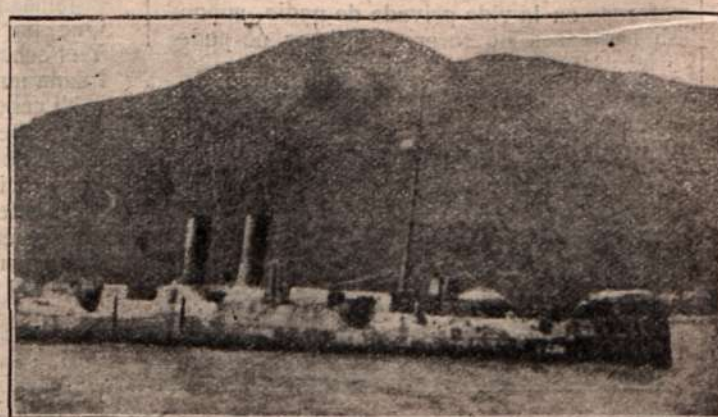
de muletilla, su faja moruna, su camisa con chorreras y sombrero de alcuza. Vendió sus dos bormas de astade toro sobre la oreja. Con estos preliminares pudo hacer la fusión deseada por los majos



Gibraltar. Esta en poder de los ingleses. Mi objeto es recordaroslo y nada más.

puesto con las enjugaderas y cestas de mimbre de la comadre; después hizo conocimiento con el chulo Chispa, que decía *cáelo* por *déjalo* caer y colgaba a Madrid cuatro o seis zetas.

Desde entonces el flamenco andaluz fué olvidando su tierra y su casta y acomodándose a los usos bastardos de la chulería; que ya se había cortado la coleta; vistióse el pantalón ceñido



La acción de Cavite—dice Bujac—fué la lucha de un hombre armado con una mala pistola contra otro armado con un fusil Mauser. Pero que en el clavo, linchi.